

LOS ASOMBROSOS FRUTOS DE UNA SENCILLA DEVOCION

(La devoción de las Tres Avemarías)

Por el secretario de la
«Cruzada de las Tres Avemarías»

P. Luis Larrauri, C.S.S. R.
(Misionero Redentorista)

Hno. Secundino Pérez
(Marista)

Quinta Edición

Revisada por el Hno. Alberto Hidalgo (Marista)
Rafael Calvo, 12 - 28010 Madrid (España)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Puede imprimirse:
Lic. Jaime Colomina Torner

Imprimase:
Marcelo González Martín
Cardenal Arzobispo de Toledo

¡Oh María, por tu Inmaculada Concepción, purifica mi cuerpo y santifica mi alma!
(Jaculatoria indulgenciada por San Pío X, que la recomendó rezar con las Tres Avemarías).

D.L. GR-524-95
ISBN: 84-7770-268-3

Impreso en España
Complejo Gráfico Andaluz, S.L.
Ctra. Benalua, 21
Purullena 18519 (Granada)



EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO
PRIMADO DE ESPAÑA

Bendecimos de todo corazón el esfuerzo que viene realizando el Secretariado de la Cruzada de las Tres Ave-marias para difundir esta importante devoción mariana por España y el mundo entero. En este pequeño librito, junto con una sana doctrina mariana, presentada de forma popular y fácilmente asimilable, se registran una serie de hechos maravillosos y recientes, todos fidedignos, que prueban la eficacia de esta ya antigua devoción en honor de la Santísima Virgen y de la Augusta Trinidad. Quiera Dios que el folleto y las estampas se difundan mucho en los distintos ambientes de la sociedad para el fomento de la Vida cristiana y la salvación eterna de los hombres.

Toledo, 15 de octubre de 1975

+Marcelo González Martín
Cardenal Arzobispo Primado

¡MARIA, VIRGEN INMACULADA!

Dios te salve, María Inmaculada,
de la gracia de Dios favorecida,
y con todo el *poder* de Dios creada,
y con todo el *saber* de Dios henchida,
y con todo el *amor* de Dios amada,
y sin mancha de culpa concebida.

¡Dios no pudo hacer más cuando te hizo!
¡Yo no sé decir más cuanto te hablo!

(José María Gabriel y Galán
Salamanca-España)

Invocación.

Corazón Dulcísimo de María, da fuerza y seguridad
a nuestro camino en la tierra: sé Tú misma nuestro ca-
mino, porque Tú conoces la senda y el atajo cierto que
llevan, por tu amor, al amor de Jesucristo.

(Rvdmo. P. José María Escrivá de
Balaguer. -"La Virgen Santa, causa de
nuestra alegría." -Homilía, el
15-8-61.)

Advertencia previa:

«Te aconsejo que cada vez que vayas a leer algo de la Virgen María, digas interiormente: "Madre, enséñame a conocerte más, para más amarte..."»

(HNO. GINES DE MARIA, F.S.C.) (1)

Frutos de la experiencia:

«Cuando se "siembra" a María en los corazones, se "cosecha" siempre a Cristo en las almas.»

(P. Luis Larrauri, C. SS. R.
Misionero Redentorista)

«No hay mejor modo de llevar las almas a Cristo, que hacer que primero las gentes se enamoren de la Madre.»

(P. José M.^a Alonso, S.J.
Misionero en la India.)

(1) Hno. Ginés de María Rodríguez, F.S.C., de los HH. de las Escuelas Cristianas (La Salle), en su libro «La Madre». Edición 1974, página 12.

SANTA MARIA DE LAS CHABOLAS

Las conoces, Señora...Contristada
pasas en medio de ellas y suspiras
mientras dejando vas en cuanto miras
los pétalos de tu alma desgarrada.

Por tu celeste caridad llevada
huellas los fangos, el hedor respiras
y, al escuchar las quejas, llantos e iras,
tu frente es una estrella conturbada.

Aquella madre que suplica y llora,
aquel sucio angelín que pan implora,
aquel padre que roe sus enojos...

Cuando tornas al cielo, ¿no ve Cristo
en la tristeza de tus dulces ojos
todo el dolor que Tú en la tierra has visto?

Soneto de Jesús G.^a Moliner, SCH.P.
Rev. Miriam-Nov.-Dic.1972.-Sev.

¡Nta. Sra. de los pobres! ¡Rogad por nosotros!

Un día nos dirá su divino hijo: "Venid a la gloria, benditos de mi PADRE, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis... Siempre que así hicisteis con alguno de mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. (S. Mateo, 25, 35-40).

A SANTA MARIA DE LAS CHABOLAS - El soneto de Jesús García Moliner.

Introducción

Su Santidad Pablo VI nos dice:

«Pongamos todo nuestro afán para que en nuestra moderna generación no se debilite, sino que aumente cada vez más la luz suave y materna de la devoción a María Santísima, Madre de Dios y de la Iglesia, y Madre de cada uno de nosotros.» (2).

No dejemos de hacer constante memoria del Maestro San Juan de Avila, que dejó escrita esta reflexiva exclamación «¡Oh!, si supiésemos qué bienes tiene quien a la Virgen tiene!» (3).

Y para tenerla propicia, uno de los más delicados obsequios que como hijos podemos ofrecer *diariamente* a la Madre Celestial, es el rezo de las *tres Ave-marias*.

(2) Allocución del Santo Padre al Congreso Mariológico reunido en Roma el 16 de mayo de 1975. (Revista «Miriam», julio-agosto 1975. Sevilla.)

(3) «Sentencias Espirituales»: Selección por Juan María Escrivano y Ovidio Pecharromán, 1964.

Singular estimación de la devoción de las tres Avemarías

«Manila Observatory»

Manila (Filipinas), 22 de febrero de 1969.

Estoy propagando aquí la devoción de las *tres Avemarías*. Les gusta mucho a las gentes.

La devoción de las *tres Avemarías* o «devoción Mariana a la Santísima Trinidad», es la devoción más sólida y teológica a la Santísima Virgen; muy necesaria en estos tiempos en que muchos andan a caza de novedades.

Pongamos a la Virgen como intermediaria con las tres divinas Personas, y Ella hará que muchos hallen el verdadero camino...

¡Hermosa devoción! Sigamos difundiéndola...

P. Angel Hidalgo, S. J.
Director del Observatorio.

Devoción fácil y breve

La práctica de esta devoción no puede ser ni más fácil, ni más breve.

Fácil es, porque se concreta a rezar «todos los días» *tres Avemarías* agradeciendo a la Santísima Trinidad los dones de Poder, Sabiduría y Amor que otorgó a la Virgen Inmaculada, e instando a María a que de ellos use en auxilio nuestro.

Y tan breve es, que ese rezo se hace **en menos de un minuto.**

¿Y si el día tiene 1.440 minutos, será «mucho» dedicar menos de uno a «asegurar» tu vida espiritual?!

Devoción de efectos seguros:

¿Te parece, quizá, que rezar cada día *tres Avemarías* es poca cosa para tanto bien como se te ofrece?

Pues no te extrañes, porque San Andrés Cretense decía que «María es tan generosa y magnífica, que acostumbra a recompensar con grandes favores los más pequeños servicios».

Por esto San Leonardo de Puerto Mauricio exclamaba: «¡Oh, qué santa práctica de piedad! Este es un medio muy eficaz de asegurar vuestra salvación.»

Y el venerable siervo de Dios, Luis María Baudoin

(fundador de las Ursulinas de Chavagnes) llegó a escribir: «Rezad cada días las *tres Avemarías*; porque si sois fieles en pagar a María este tributo de homenaje, yo os prometo el Paraíso.»

Créelo.

Es muy cierto.

Tenemos todos los días confirmación de esa realidad.

A un misionero Redentorista hizo esta manifestación una penitente: «Padre, hace cinco años que callaba en la confesión ciertos pecados porque no tenía valor para declararlos. Pero comencé a rezar las *tres Avemarías* a la Santísima Virgen, y esta buena Madre me ha escuchado y obtenido la gracia de vencer mi vergüenza y confesar todos mis pecados» (4).

Y el famoso sacerdote que tanto escribió en la Prensa francesa con el seudónimo de «Pierre l'Ermite», garantizó la autenticidad del siguiente suceso:

A un maestro laico, que con encono e impla obstinación había descristianizado en su pueblo del Norte de Francia todas las generaciones de niños que habían pasado por la escuela, le sorprendió en su nefasta labor la guerra y la invasión germana en 1940.

Se unió a un grupo de fugitivos, y los muchos sufrimientos que hubo de soportar, rápidamente agotaron su resistencia moral.

Desconcertado y caído en desesperanza, aprovechó el paso por medio de un bosque para separarse de sus acompañantes y aislarse.

(4) Folleto «Cruzada de las *tres Avemarías*».—Madrid, 1958.

Luego se sentó junto a un árbol y sacando un revólver decidió darse muerte.

Pero, en ese instante, obedeciendo, sin saber por qué, a una costumbre que en su infancia mantuvo, y que abandonó después cuarenta años, sepultándola en el olvido, comienza a recitar las *tres Avemarías*. Y apenas termina éstas se siente dominado por una fuerza misteriosa que levanta su ánimo, arroja lejos de sí el arma, y recuperadas plenamente sus fuerzas morales, aceleró el paso y se juntó otra vez a sus compañeros de infortunio, con el íntimo propósito de reparar el daño espiritual sembrado durante tantos años, fomentando en la juventud la devoción a la Virgen María, que a pesar de nuestras ingratitudes se muestra siempre Madre, para restablecer la paz de las almas con Dios (5).

Un escrito corto, pero de largo alcance.

13 de enero de 1968

Rvdo. P. Luis Larrauri, C. SS. R.

Reverendo Padre:

Necesito escribirle. No puedo callar.

¿Por qué...?

¡Porque de la abundancia del corazón, habla la lengua! Y es tanta la gratitud que debo a la Virgen Santísima, que no puedo represar mis sentimientos y

(5) «Notre Dame de la Trinité. —Les Trois Ave Maria». — Fr. Didier de Cre, O. F. M. Cap. ...,tomo II, pág. 234.

tengo como una necesidad imperiosa de contar, de proclamar, de exaltar las bondades de la Virgen María.

¿Que qué le debo?

Pues todo...

Estuve en peligros de muerte, y me salvó.

Deseaba luces para mis estudios, y me las concedió.

Anduve al margen de la Ley de Dios, y me sacó del extravío, mediante la gracia extraordinaria eficaz de la conversión.

¿Y sabe, Padre, cómo y por qué conseguí todo esto?

Porque desde niño y todos los días —¡aun en los días «malos»!— la invoqué rezando las *tres Avemarías*, con las que le recordaba el gran poder, sabiduría y amor que le concedieron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...

Tengo la firme convicción —formada a fuerza de experiencia personal y observación de lo ocurrido a otros— de que esta práctica de piedad diaria libra del mal... Aparta de la impureza, consuela en el dolor, alienta en las tribulaciones, ayuda en las necesidades, convierte al pecador, mejora incluso a los justos...

¡Por esto mis ganas de gritar a todas las gentes: «Para vuestro bien, no descuidéis ningún día el rezo de las *tres Avemarías*»!...

Besa su mano.

Vicente-Jesús de España

Una probable pregunta:

Nos dirás, tal vez, «¿y por qué esas “tres *Avenarías*”, y no dos, o cuatro, o más?»...

Tiene eso su explicación.

Habla la Santísima Virgen:

Preocupada la religiosa benedictina que luego fue Santa Matilde por el buen fin de su vida, rogó insistentemente a la Virgen Santísima «que la asistiera a la hora de la muerte»; y acogiendo benignamente su súplica, la Madre de Dios se manifestó a la implorante, diciéndole:

«Sí que lo haré; pero quiero que por tu parte me reces diariamente *tres Avemarías*, conmemorando, en la primera, el Poder recibido del Padre Eterno; en la segunda, la Sabiduría con que me adornó el Hijo; y, en la tercera, el Amor de que me colmó el Espíritu Santo» (6).

Y esta promesa se extendió en beneficio de todos cuantos ponen en práctica ese rezo diario de las *tres Avemarías*.

Al correr de los años ha habido muchos sucesos como el que sigue:

(6) «Libro de la Gracia Especial o Revelaciones de Santa Matilde», capítulo XLVII.

«Yo confesé a un mudo»

Esto no es una novedad. Con frecuencia confesamos mudos. Pero esta vez..., la cosa salió de lo normal.

Estaba misionando en un pueblo...

Allí vivía un caballero que había perdido el habla. El último día de la Misión, un hijo suyo me suplicó fuera a confesar al enfermo, que llevaba tres meses mudo y estaba gravísimo por efectos de una embolia.

Fui a la casa que se me indicó. Entré en la habitación donde estaba el enfermo. Salió el hijo, y quedé solo con el mudo.

—Esté usted tranquilo —le dije—, que yo le iré haciendo las preguntas y usted me irá respondiendo, con signos de cabeza, «que sí» o «que no». (El hijo me había adelantado el clima religioso en que se había desenvuelto la vida del padre.)

Entonces el caballero rompió a hablar. Y con voz clara y distinta, se confesó.

¡Yo no salía de mi asombro!... Como no pude disimular esto, y lo expresaba mi semblante, él me dijo con emoción:

—Padre, usted va a comprender inmediatamente por qué hablo en estos momentos. Desde los diez años tomé la costumbre de rezar, por la mañana y por la tarde, las *tres Avemarías*, que a todos nos aconsejaron unos Padres Misioneros. Desde los catorce años perdí toda práctica religiosa, menos las *tres Avemarías*, Jamás, ni un solo día, las he omitido, pidiendo a

la Virgen María la gracia de no morir sin hacer una buena confesión; porque, como ha oído, necesitaba confesarme bien desde mi primera comunión, que fue a los ocho años...

Terminada la confesión, quedó otra vez mudo.

A las doce de la noche había muerto, con el alma lavada por la penitencia.

(P. Luis Larrauri, Misionero Redentorista) (7).

Contenido propio, característico y diferencial de esta devoción

Las «tres Avemarias» son un «modo» de *ir por María a Dios*.

Como ha dicho S. S. Pablo VI, «es sumamente conveniente que los ejercicios de piedad a la Virgen María, expresen claramente la nota trinitaria y cristológica que les es intrínseca y esencial. Ya que, en efecto, el culto cristiano es por su naturaleza culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo... Y en la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de El; y en vistas a El, Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con dones del Espíritu Santo que no fueron concedidos a ningún otro» (8).

Y evidente es que esas notas señaladas por el Pontífice, concurren en la devoción de las *tres Ave-*

(7) Revista «Miriam», julio-agosto 1959.

(8) Exhortación Apostólica «*Marialis Cultus*», 2 de febrero de 1974.

marías, que en realidad constituye un himno en honor de Dios y de María, pues en su rezo diario se invoca al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y al recitar el Ave María se glorifica la Encarnación del Verbo y la Maternidad divina de la Virgen, que dio Humanidad a Dios Redentor.

Es, por tanto, una devoción en que se conjuga nuestra reverencia al «misterio de Dios» y al «misterio de María», que va unido al «misterio de Cristo».

¡Devoción «mariana» repleta de «teología»!

Y en esta devoción se recita, precisamente, el Ave María, porque en el día de la Anunciación pudimos captar esos tres misterios, al conversar el Angel con María.

Recordad lo que dice la Sagrada Escritura:

«Envió **Dios (el Eterno Padre)** al Angel Gabriel a Nazaret, a una Virgen cuyo nombre era María, y le dijo.

«Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres...; concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, que será llamado **Hijo del Altísimo...**»

Pero María indicó al Angel: «¿Cómo ha de ser eso?...» Y el ángel, en respuesta, le manifestó: «El **Espíritu Santo** descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo que el fruto santo que de ti nacerá será el **Hijo de Dios**» (8 bis).

¡Ved ahí, sencillamente revelado, el misterio de la

(8 bis) Lc. i, 26 a 35.

Santísima Trinidad, y a María, tras la salutación angélica, hecha Madre de Dios, Madre de Cristo, Madre del Redentor!

Todos saben que Dios es **Uno**, y que al propio tiempo es **«tres Personas»**.

Por esto escribía más tarde el Apóstol San Juan: «En el cielo están el Padre, el Verbo (que es el Hijo) y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa» (9).

Y al Padre se atribuyen las obras en que se hace ostensible el Poder; al Hijo, aquellas en que brilla la Sabiduría, y al Espíritu Santo, las que son demostración de Amor (10).

Poder del Padre, Sabiduría del Hijo y Amor del Espíritu Santo, que cooperaron para hacer la excepcional y prodigiosa criatura destinada **a la dignidad insuperable de Madre de Dios**.

Excelstid de María:

No hay nada tan portentoso y extraordinario como contemplar a María como Madre de Jesús, que es Dios y Hombre.

No se puede pensar cosa mayor.

Con santo fervor, Pedro, Abad de Celles, escribe:

«Llamad a María, Reina de los cielos,

(9) I. Jh., 5, 7.

(10) León XIII. Enc. «Divinum illud», de 9 de abril 1878.

Soberana de los Angeles,

Emperatriz del Universo.

O dadle cualquier otro honroso título,
¡jamás llegaréis a honrarla tanto
como llamándola Madre de Dios!» (11).

Y San Anselmo decía a la Santísima Virgen:

«¡Oh Señora nuestra, nada te iguala, nada es comparable a ti!

«Todo lo que existe, o está por encima de ti, o está por debajo de ti.

«Por encima de ti, sólo Dios; por debajo de ti, todo lo que no es Dios» (12).

Y es tan estrecha la unión de María con Dios, que justifica las celestiales palabras que Santa Gertrudis oyó un día en el coro de su convento benedictino, mientras cantaban el Avemaría:

«Después del Poder del Padre, de la Sabiduría del Hijo y el Amor misericordioso del Espíritu Santo, nada se acerca ni parece al poder, sabiduría y misericordiosa ternura de María» (13).

Eficiencia del «Ave María»

San Luis María Grignon de Monfort, siguiendo el parecer de otros santos, declaró que «el tener afición

(11) Roschini, ob. cit., tomo I, pág. 370.

(12) P. Terrien, S. J. «La Madre de Dios y Madre de los hombres», tomo I, pág. 128.

(13) P. Narciso García Garcés, C. M. F. «Las tres Avemarías». página 45.

al rezo del **Avemaría** es señal de predestinación» (14).

Y entre muchos casos demostrativos del influjo y virtud del **Avemaría**, leed el que sigue:

«Una familia protestante se convierte al catolicismo»

En la última sesión de un Congreso católico, celebrado en Lila (Francia), el sacerdote inglés P. Tuckwel habló de este modo:

«En una ciudad de Inglaterra residía una familia educada según la fe protestante.

De los varios hijos, el más pequeño, cuando contaba seis años, aprendió de unos amigos católicos el **Avemaría**.

Una tarde la recitó candorosamente delante de su madre, y ésta le reprendió y conminó a que nunca más pronunciara esas alabanzas a María, pues no era ella más que una mujer como todas las demás.

El niño, consecuente con la reprimenda recibida, no volvió a pensar ya en el **Avemaría**.

Pero, transcurridos bastantes días, y mientras esperaba a sus padres para ir al templo, cogió una Biblia y empezó a hojearla, encontrándose con el relato de San Lucas en que refiere la Anunciación.

El niño, al aparecer su madre, le muestra triun-

fante la página en que consta la salutación del Ángel a María, y dice:

—Ves, madre, el **Avemaría** está en la Biblia. ¿Por qué, pues, decís que no debe rezarse?

La madre, por única respuesta, le arrebató, enojada, el libro de sus manos, y le dijo:

—Cállate y no vuelvas a hablar más de esto.

No obstante, desde entonces, el niño repetía gustoso, en privado, las palabras leídas: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres»... Y meditando en esto se decía:

No es posible que María sea una mujer como las demás. Si así fuese, no le habría dicho el ángel lo que le dijo. Y esto está escrito en la Biblia, y según nos han enseñado en el Templo, la Biblia contiene la palabra de Dios.

Habiendo crecido el niño con esa convicción, y cumplido los trece años, surgió, en una velada familiar, otra vez la cuestión de la excelencia de la Virgen sobre las demás mujeres, y nuevamente se oyeron las voces de unos y otros rechazando la preferencia de María. Ante lo cual, el niño tomó la defensa de la Virgen, exclamando:

«¡No; no es verdad que la Virgen María sea igual a todas las mujeres, porque Dios ha puesto en los labios del Arcángel Gabriel la declaración de que «es llena de gracia» y de que es la destinada a Madre de Jesús, que es Dios hecho Hombre!...

»¡Qué contradicción la vuestra!; decís que la Biblia

es la regla de la religión y, sin embargo, no queréis reconocer lo que el Sagrado Libro dice. Leed el canto de la Virgen: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada»... ¿Por qué vosotros os negáis a glorificarla como Madre de Dios?...»

El efecto de estas manifestaciones del joven fue terrible. Los padres estaban enfurecidos contra él. Y sus hermanos lo recriminaron.

Años después, el muchacho entró en el ejército de Su Majestad Británica y, libre de la potestad paterna, se convirtió al catolicismo.

Disfrutando en cierta ocasión unas vacaciones con su hermana mayor, que se había casado y tenía varios hijos, le censuró aquélla su fe católica, y añadió: «¿Ves a mis hijos? ¡Tú sabes cuánto los quiero! Pues bien; te aseguro que antes los mataría que consentir abrazasen esa religión»...

El hermano calló. Pero, a los pocos días, se dio el caso de que uno de los hijos de la joven que tan apasionada y enérgicamente había afirmado su anticatolicismo, contrajo una gravísima enfermedad (difteria) y corría inminentemente riesgo de muerte, porque la naturaleza del niño no respondía a los tratamientos aplicados por el médico.

Entonces, dijo a la madre su hermano:

—Ante esta situación desesperada en que estamos viendo que tu hijo se muere, olvida todo prejuicio y reza conmigo el **Avemaría**, implorando a la Virgen Santísima interceda y obtenga de Dios la salud del niño.

»Y prométeme que si esto te concede el Cielo, examinarás serenamente la religión que yo practico, y si te convences de su verdad, me acompañarás en la misma.»

Resistió todavía un tanto la hermana; vaciló un rato, pero mirando la cama de su hijo enfermo y llorando angustiada, se dejó llevar por la esperanza de salvarlo, y se arrodilló junto a su hermano, recitando con él la salutación angélica.

Al siguiente día el niño estaba curado, con sorpresa del médico. Y la madre se mostró gozosa y agradecida a la Virgen, Madre de Dios, que con tanto poder, tan sabiamente y siempre tan misericordiosa, consuela a los afligidos.

A los tres meses de aquella curación, la familia entera era contada en el número de los católicos.

Y el hermano, que tanto bien contempló, dejando la vida militar, se hizo sacerdote.

Y ese sacerdote —terminó diciendo el P. Tuckwel— es el que os acaba de relatar todo esto» (15).

Por María a Jesús

Decía el Siervo de Dios, Cardenal Rafael Merry del Val, Secretario de Estado de S. S. Pío X:

(15) «El triunfo del Avemaría», por el P. Germán G. Suárez, mercedario.

«Cuanto mayor sea nuestra devoción a la Santísima Virgen, tanto más nos acercaremos al Señor» (16).

Coincidiendo con lo cual dijo Mons. Escrivá de Balaguer: «El principio del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María Santísima.» (Homilía de 4-5-57.)

Y a su vez el Concilio Vaticano II ha manifestado que, «las diversas formas de la piedad hacia la Madre de Dios, que la Iglesia ha aprobado dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa, según las condiciones de los tiempos y lugares y según la índole y modo de ser de los fieles, hacen que, mientras se honra a la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas (Col. 1, 15-16) y en quien tuvo a bien el Padre que morase la plenitud (Col. 1, 19), sea mejor conocido, sea amado, sea glorificado y sean cumplidos sus mandamientos.» («Lum. Gent.», n.º 66).

Ese es el resultado de la devoción de las *tres Ave-marias* como patentizan infinidad de sucesos, entre los cuales os recordaremos algunos:

(16) «Pensamientos ascéticos».—Ediciones Paulinas.—Madrid, 1954. Frase feliz del R. P. Angel Luis, C. SS. R. recogemos seguidamente: «¡Qué apetecible es la reunión de los hijos en el Corazón de la Madre, y sentirse llevados por Ella al amor creciente de Dios!»

Exactamente, «la devoción a María lejos de ser un fin en sí misma, es un medio esencialmente ordenado a orientar las almas hacia Cristo, y de esta forma unirles al Padre en el amor del Espíritu Santo», según dijo S. S. Pablo VI en el discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964.

a) «La madre que pedía la conversión de su hijo»

En uno de los primeros meses del año 1973, en un sanatorio de una ciudad castellana, estaba enferma una señora a la que visitaba todos los días un hijo espiritualmente desgraciado, pues llevaba una vida de completa disipación y total apartamiento de los preceptos religiosos, constituyendo esto la preocupación constante y angustiosa de la madre.

Una religiosa, que también estaba en el Sanatorio y se enteró del caso, entregó a la aludida señora unas estampas sobre la devoción de las *tres Avemarías*, con objeto de que encomendase la solución del asunto a la Santísima Virgen, rezándolas diariamente y dando a su hijo una de esas estampas con la recomendación de que hiciera lo mismo.

Así lo hizo la acongojada madre, suplicando encarecidamente a la Virgen María la conversión de su hijo y obsequiándola con el rezo de las *tres Avemarías*.

Pasados unos días tuvo conocimiento de que habían sido anunciados unos «Cursillos de Cristiandad» para jóvenes, y con gran ilusión le pidió a su hijo que se inscribiese para asistir a ellos, pero el joven se negó rotundamente, exclamando: «Déjame, madre, de tonterías; deja que viva la vida, que para mí tiene tantos atractivos; ¡qué tengo que hacer yo en semejantes cursillos!»...

La madre del «descaminado», sollozando por este fracaso, contó a la religiosa que le había dado las estampas de las *tres Avemarías* lo sucedido, y juntas

continuaron rezándolas pidiendo fervorosamente a la Madre de Dios su mediación en favor de esa alma desdichada... Y, cual no sería su grata sorpresa, cuando, precisamente, el día en que terminaba el plazo para las inscripciones, el hijo dice a la madre: «Bueno, sólo por darte gusto, iré a perder el tiempo en esos inútiles cursillos que tanto empeño tienes en que tome parte...»

Va, al fin, el joven con desgana a inscribirse, y le manifiestan que ya no hay plaza disponible, pues se han cubierto todas. Ante esto, iba a retirarse el interesado (contento en el fondo por liberarse de su compromiso y poder justificarse a ojos de la madre), cuando le mira el Padre Director y le dice que *«no sabe por qué, pero que siente que le tiene que admitir»*, y en efecto, fue admitido y practicó aquellas jornadas de espiritualidad, con tan feliz resultado que, una vez terminadas, se presentó a su madre como «un hombre nuevo», completamente regenerado y decidido a no apartarse de la Ley de Dios.

El santo gozo de la madre fue inmenso; y el hijo «revivido» es hoy un entusiasta propagador de la devoción de las *tres Avemarías*, cuya eficacia proclama reconociendo que por la intervención de la Virgen Santísima obtuvo la gracia de Dios.

Sor Gloria de María,
de las Dominicas reales.—Medina del Campo.—
Valladolid, (20 de abril de 1973.)

b) «Un buen ejemplo que convierte»

Una clínica, un quirófano, y, tendida sobre la mesa de operaciones, una niña de muy pocos años.

La operación a practicar es francamente delicada, difícil; tres doctores en cirugía están presentes y dos médicos anestesiistas.

—A ver, nena —dice uno de éstos—; cierra los ojitos, que vas a dormir.

—¡Pero si es de día! —replica la niña—; yo nunca duermo de día.

—No importa. Ahora vas a dormir. Cierra los ojitos...

El médico no quería que la niña viera la aguja con que la tenían que pinchar para anestesiarla. Y ella repetía lo mismo:

—Yo no duermo de día...

—Sin embargo, hoy tienes que hacerlo así; has de dormir para curarte... Anda, sé buena y cierra los ojitos...

—Bueno —dijo la pequeñita conformándose, pues comprendió muy bien que, tarde o temprano, aquellos señores se saldrían con la suya. Pero añadió:

—Yo, antes de dormir, rezo siempre las *tres Avemarías*. ¿Me dejan que las rece?...

—Sí, puedes rezar tus *tres Avemarías*...

Y con toda sencillez, la niña se incorporó, se arrodilló, juntó sus manecitas, y empezó su oración de todas las noches: «Dios te salve, María,... Ruega por nosotros, pecadores...»

Luego, acabadas las *tres Avemarías*, se tendió en la mesa y, sin esperar otra recomendación, cerró sus inocentes ojos...

Ante aquel cuadro encantador, uno de los cirujanos se sintió profundamente enternecido, aunque lo disimuló, y aparentó permanecer imperturbable. Pero en cuanto pudo abandonar el quirófano, lo hizo diciendo a sus compañeros que ellos podían terminar la operación, no haciendo falta él. Entonces se retiró a su despacho, se cerró por dentro, se puso de rodillas y empezó a llorar. Llevaba muchos años alejado de la Iglesia, sin recibir los Sacramentos y sin hacer oración... Y salió de allí decidido a realizar una buena confesión y vivir en adelante según la Ley de Dios, porque le había transformado totalmente, haciéndole recordar la inocencia y fervor religioso de su niñez, aquella niña que no se dormía sin antes haber rezado sus *tres Avemarías* (17).

c) «Un "extraviado" que volvió a Dios»

Un misionero, Párroco de Cuzco (Perú), escribe:

En mi extensa Parroquia, y con la colaboración de un grupo de Catequistas, estoy haciendo campaña de difusión del rezo de las *tres Avemarías*. Y el éxito es grande porque Dios hace derroche de sus gracias mediante su Madre Santísima...

«En junio de 1969 pasé por una "hacienda" muy alejada de los caseríos y aldeas. El dueño de la finca

(17) P. Nazario Pérez, S. J.—«Maravillas de las *tres Avemarías*»:

ya era de edad avanzada; había sido seminarista, y luego, sin contraer matrimonio canónico, se unió a una mujer con la que tuvo varios hijos. Aproveché mi visita para dejarle una estampa sobre la devoción de las *tres Avemarías*, recomendándole que no dejara de rezarlas todos los días, y siempre que sintiese preocupación por cualquier problema.

«A fines del mes de octubre vinieron a buscarme de parte del dueño de aquella "hacienda" para pedirme con insistencia que, no obstante la distancia, fuera a aquella casa, porque dicho señor estaba muy grave y deseaba recibir los últimos Sacramentos.

«Allí fui acompañado de dos Catequistas, y al vernos el enfermo, llorando amargamente y con voces entrecortadas, pidió confesar.

«A continuación declaró que había rezado las *tres Avemarías* desde que se las había aconsejado y que a poco de rezarlas se sintió movido a «regularizar su vida» y volver a la gracia de Dios.

«Tanto le ayudaba la Santísima Virgen a su cambio espiritual, que hasta empezó a rezar el Santo Rosario durante su enfermedad.

«Como apremiaba su gravísimo estado, sin pérdida de tiempo contrajo matrimonio, recibió la comunión juntamente con su esposa y los hijos legitimados, y le administré la Extremaunción.

«Media hora, exactamente, después de esto, descansó en la paz del Señor.»

La Madre de Dios había acreditado una vez más su especial patrocinio respecto de quienes la invocan

con las tres *Avemarías*. (P. Braulio Ascarza Sotelo.—7 noviembre de 1969.—Perú).

Otra manifestación de la Virgen María:

Fue la misma Santísima Virgen la que dijo a Santa Gertrudis que «quien la venerase en su relación con la Beatísima Trinidad, experimentaría el poder que le ha comunicado la Omnipotencia del Padre como Madre de Dios; admiraría los ingeniosos medios que le inspira la sabiduría del Hijo para la salvación de los hombres, y contemplaría la ardiente caridad encendida en su corazón por el Espíritu Santo» (18).

Leed el siguiente acontecimiento:

El pagano que se hizo católico

Un misionero jesuita, que ejercía su ministerio en la India, relató en la revista «Misiones Belges» lo siguiente:

Conocí en Bengala a un joven y valiente militar indio, al servicio de Inglaterra, como teniente de una compañía de Cipayos.

Educado a la inglesa, conservaba, no obstante, algunas prácticas supersticiosas, sin llegar a practicar ninguna religión, aunque conocía y admiraba la Igle-

(18) En su libro «El Heraldo Divino», pág. 199.

sia Católica, y se iba aficionando a ella como resultado de las conversaciones mantenidas con misioneros y con su jefe, el capitán Carlos Tonnerre, al que profesaba un respeto y cariño extraordinarios.

Fue este excelente capitán quien en uno de los diálogos sobre el tema religioso, aprovechando un momento en que el teniente, mostrándose muy complacido por lo que se le explicaba del catolicismo, exclamó: «¡Qué feliz si fuese yo también católico», le dijo:

—¡Todo puede ser! Ponte bajo el patrocinio de la Madre de Dios. Y para esto, prométeme rezar todos los días *tres Avemarías*.

Lo prometió el teniente. Y todas las noches cumplía el bravo indio su promesa, con exactitud militar.

Pasó algún tiempo.

Y una mañana, cuando la aurora comenzaba a iluminar las altas cimas de las montañas, y pasada la noche huían las estrellas, que era la hora en que diariamente el capitán Tonnerre acudía a la capilla del campamento para ayudarme la misa y comulgar, veo que no viene solo, sino esta vez acompañado del teniente indio, que, al acercarse, sin darle tiempo para expresarle mi asombro, se echó a mis pies pidiéndome que le haga hijo de María e hijo de la Iglesia Católica.

¿Cómo se había producido este milagro de la gracia?

Lo contó él mismo:

«Ayer tarde —dijo—, cuando llegué al Campa-

mento, despues de prolongada marcha, estaba tan rendido y fatigado que me eché a descansar en la litera de campaña vestido como iba, y sin rezar las *tres Avemarías* que había prometido y que en todos los días precedentes sí que recé.

Quedé dormido profundamente...

Era la media noche cuando me despertó una fuerte sacudida.

Me incorporé y encendí la linterna.

Experimentaba la sensación de que no estaba solo.

Miré a mi alrededor.

Pero no vi nada que me llamara la atención.

Y como tenía muchísimo sueño, dejé caer la cabeza sobre la almohada.

De pronto me acordé de las *tres Avemarías* olvidadas.

Sentí el descuido, y haciendo un esfuerzo salté de la litera y me puse a rezarlas.

Apenas comenzadas, no pude seguir. Con terror y espanto, mis ojos miraron fijamente a la cama. De debajo de la almohada salía una horrible serpiente con la boca abierta y la lengua saetante...

Por la cresta que la coronaba, conocí que era una «cobra capella», especie de las más venenosas, cuya mordedura es siempre mortal...

El monstruo desenroscaba lentamente sus anillos repugnantes sobre mi cama...

Yo, de momento, estaba hipnotizado y quitto por el pasmo.

Pero antes de que el reptil se alargara más y me

atacase, tomé la espada y, de un golpe, le rompí la cabeza, que ya tenía erguida e intimidaba con su silbido amenazador.

Y viéndome salvo de tan grave peligro comprendí que a la Madre de Dios debía mi salvación, y me postre para rezar las tres *Avemarías*, y mientras las rezaba tomé la firme resolución de abrazar la religión de Cristo.»

Fue instruido debidamente, y unos meses después en la capilla, adornada de flores, y sin otro testigo que el capitán Carlos Tonnerre, le administré el sacramento del Bautismo, en el que a la pregunta de ritual, «¿cuál es tu nombre?», respondió: «Carlos-María» (19).

La Virgen acoge siempre el ruego perseverante

«Recuerdo un hecho que me impresionó vivamente y aconteció el año 1967 en que tomé parte en la Gran Misión de Lima (Perú).

Había terminado la Misión y para que viera algo de ese país, me llevaron unos religiosos a visitar un pueblo de la Cordillera de los Andes, cuya altura era asombrosa.

Regresábamos de la excursión, y cerca de un pequeño poblado casi perdido en la inmensidad de aquellos montes, una avería del automóvil nos detuvo.

(19) Revista «El Propagador de las tres *Avemarías*».—PP. Capuchinos.—Valencia.—Marzo 1966.

Mientras el mecánico reparaba el coche, comentábamos paisajes y costumbres, a la vez que nos acongojaba observar la falta de asistencia espiritual de aquellas poblaciones privadas de sacerdote.

Pensando en esto y hablando de ello, se llegó al grupo que formábamos los expedicionarios un hombre de mediana edad, que dirigiéndose a mí (por ser el único que vestía sotana), dice: «Padrecito: Le ruego venga conmigo a casa, donde tengo muy enferma a mi madre viejita. Ella pide un sacerdote, y el más próximo está a 300 kilómetros de aquí, y no da tiempo a ir a por él porque dice mi vieja que se encuentra muy mal y que se muere...»

»No me hice repetir la súplica. Le dije al buen hombre: «Vamos. ¿Está lejos?» «Muy cerquita» —respondió mi acompañante.

»Anduvimos un buen camino y nos presentamos en la casa de la anciana. Al entrar en su habitación, lo primero que me sorprende es contemplar junto a la cama, en una mesita, la estampa de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

»Animo en lo posible a la enferma, y luego la confieso... La paz de su alma se refleja en su rostro. Y con voz débil, cogiéndome la mano para besarla, dijo: «Esto es lo que siempre le pedí a la Virgen: no morir sin confesión... Y le rezaba *tres Avemarías*»...

»Salí de aquella casa emocionado... La Madre de Dios había escuchado la oración de la sencilla mujer peruana... ¡Y, precisamente, el sacerdote que "dispuso" la Señora que atendiera a esa alma que tantas

veces la había invocado como "Perpetuo Socorro", fue un Misionero Redentorista!»...

¡¡Maravillas con que nos recrea la Santísima Virgen!!

P. Luis Larrauri, C. SS. R.
(Misionero Redentorista).—Carta de 21 de junio de 1968.

Una vez más la Virgen Inmaculada nos insta al rezo de las tres Avemarías

Estas han sido sus palabras:

«La devoción de las tres Avemarías siempre me fue muy grata... No dejéis de rezarlas y de hacerlas rezar cuanto podáis. Cada día tendréis pruebas de su eficacia...» (20).

¡Sería interminable la lista que podríamos ofrecer! En libros y revistas se hicieron públicas infinidad de ellas. Pero aún son muchísimas más las que han quedado inéditas, ocultas bajo la reserva del secreto de confesión o silenciadas por quienes las guardan en lo íntimo de sus corazones.

Peligros que se superan satisfactoriamente por modo prodigioso;

estudios que lograron el éxito, a pesar de grandes dificultades que lo hacían improbable;

empresas y negocios que prosperaron venciendo adversidades que los pusieron en trance de ruina;

(20) «Las tres Avemarías, llave del Paraíso».—P. G. Pasquali, traducción de P. Rodolgo Fierro, S. D. B., pág. 124.

almas que progresaron fácilmente en el camino de su santificación;

fidelidad a la vocación religiosa mantenida contra la tentación de abandono de la misma;

florecimiento de la virtud de la castidad entre quienes están en peligros e incentivos para quebrantarla;

vocaciones sacerdotales nacidas al calor de una diaria práctica de esta devoción...

Anotamos, sobre esto, dos recientes declaraciones:

En 1959, un célebre religioso redentorista, en la última meditación de unos Ejercicios Espirituales a caballeros, decía desde el púlpito del Santuario de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de Madrid:

«Hermanos: si hoy visto la sotana de Misionero y tuve la fuerza para resolverme a dejar el ejercicio de la Abogacía y abandonar el mundo, dando rumbo nuevo e inesperado a mi vida, es debido a la práctica de las *Tres Avemarías*.»

Y hace poco, un Prelado americano, escribía así: «Firmemente atribuyó mi vocación sacerdotal al rezo constante de las *Tres Avemarías*, que desde muy pequeño comencé a rezar sin dejarlas jamás.» (Mons. Carlos M. Pérez, Obispo de Comodoro-Rivadavia, Argentina.)

Al propio tiempo merece recuerdo lo que sigue:

a) «Esperaba un sacerdote...»

En un país situado detrás del «telón de acero», en el que en los primeros meses del año 1968 se recrudeció la persecución antirreligiosa, uno de los Obispos allí radicados recibió una misiva comunicándole confidencialmente que se preparaba un atentado contra su vida, por lo cual debía huir sin pérdida de tiempo y ocultarse.

Obedeciendo la consigna recibida, el aludido señor Obispo salió de su residencia vestido de aldeano y huyó campo a traviesa, caminando durante todo un día, alcanzándole la noche divisando una amplia vega.

Aprovechando la oscuridad se aproximó a una casa que vio poco distante y pidió a sus habitantes le permitiesen descansar unas horas sentado en una silla.

Los ocupantes de la casa —un matrimonio con varios hijos pequeños— acogieron la petición de hospedaje del que consideraron labriego viajero, pero no sólo le ofrecieron silla, sino que le hicieron cenar con ellos y luego le acomodaron en una habitación con buena cama.

Durante la cena, como notase el huésped gran preocupación y visible tristeza en el matrimonio, no pudo silenciar su observación y preguntó el motivo de tal inquietud y congoja; informándosele entonces de que el anciano padre de uno de ellos no había podido sentarse a la mesa porque estaba enfermo de mucha

gravedad desde hacía unos días, y aunque le insistían cariñosamente para que hiciera conveniente preparación para la muerte, por si el momento de ésta sobreviniera, él les contestaba que todavía no iba a morir, y, por tanto, no se preparaba...

Hubo unos breves comentarios del caso, pero ninguno se atrevió a hacer mención del aspecto religioso del asunto.

Retirados a descansar todos y transcurrida la noche, se dispuso el visitante y huésped a proseguir su camino; y al despedirse y dar gracias a quienes con tanta amabilidad le habían tratado, preguntó si le permitían saludar al viejecito enfermo para comprobar el estado actual de su dolencia, a lo que, gustosamente, se acedió y le acompañaron.

Una vez el labriego junto al anciano, y luego de una corta conversación afectuosa, éste último, adoptando un gesto y tono decidido, dijo: «Mire usted, yo sé que estoy muy malo y que ya no me restableceré; pero, también sé que por ahora no moriré».

Al oírle hablar tan seguro, todos sonrieron al enfermo. Y ante aquellas sonrisas añadió éste: «Se ríen porque he dicho que tengo la seguridad de que no voy a morir por ahora... Pues bien; lo repito. ¿Y sabe usted por qué?... Mire, yo no sé quién es usted, ni cómo piensa, pero como en la situación en que estoy ya no temo a nadie, le voy a decir la verdad: Mi seguridad se apoya en que soy católico; los años de persecución religiosa no me han quitado la fe; y todos los días he rezado, y rezo, las *Tres Avemarías*, pidién-

dole a la Virgen María que a la hora de la muerte esté asistido por un sacerdote que prepare mi alma para el tránsito, y usted comprenderá que habiéndole rogado tantas veces a la Santísima Virgen eso, la Virgen no consentirá que yo muera sin un sacerdote a mi lado; y como no lo tengo, por eso estoy tan seguro de que por ahora no me muero.»

Emocionado el labriego por aquella declaración del ancianito, le tomó la mano y le dijo: «Esa gran fe que ha conservado, y esa súplica diaria a la Madre de Dios rezándole las *tres Avemarías*, han atraído el favor del Cielo y ha sido la Providencia la que me dirigió hasta aquí... No es un sacerdote lo que la Virgen le manda, sino a su Obispo de usted... Porque yo soy el Obispo de esta Diócesis, que va hacia el exilio.»

La impresión, y al propio tiempo el gozo, del anciano y sus hijos fue enorme. Tan grande, que no sabían cómo expresar su asombro y su reverencia...

Seguidamente, el señor Obispo ofició la Santa Misa en la habitación del enfermo, y les dio a todos la comunión; dejando al viejecito espiritualmente dispuesto para emprender su postrer viaje con término en el Cielo...

Viaje que tuvo lugar dos días después de aquella Misa excepcional.

(Comunicación de la doctora doña Josefina Conde Picavea, de 1.º de junio de 1968.)

b) Resistencia vencida:

«En Zaragoza (España), hace años, un día, por no sé qué extraña coincidencia, aunque estaba abierto el templo de Nuestra Señora del Pilar, y era posible la oración en el mismo, la Virgen está sola en su Capilla, de pie sobre el secular trono de jaspe recubierto de plata. Parece esperar con majestad de Reina y amor de Madre a alguno de sus hijos con quien quiere mantener secreta audiencia. Por esto ha despejado por unos momentos la multitud de devotos que suele disputarse los escasos huecos de la alta reja que cierra el *Sancta Sanctorum* de la Angélica Capilla.

«En un confesionario próximo hay sentado un Padre de la Compañía de Jesús, en espera de ejercer su ministerio. Ya iba a levantarse en vista de que no había penitentes que atender allí, cuando ve de pronto que un oficial del ejército se arrodilla a los pies de la Virgen. Le observa, y advierte en él una gran turbación reflejada en su semblante y en todo su cuerpo, no mostrando el fervor del peregrino, ni la admiración del artista, sino más bien la lucha interna del alma, a quien dice Dios como a Saulo: "Es duro para ti golpear contra el aguijón"...

«El confesor espera. Baja los ojos, para orar con más recogimiento; y vuelve a levantarlos por si hay novedad. Pero el oficial del ejército se ha marchado. La Virgen está de nuevo sola... Baja los ojos el jesuita, y otra vez a poco los levanta y ve al militar que ha vuelto a ocupar su puesto, con más turbación que

antes. Otra vez después desaparece; y otra vez vuelve a aparecer. Una nueva desaparición del misterioso militar hace perder al buen Padre las esperanzas de intervenir, y decididamente se levanta para salir del confesionario. Pero en ese mismo momento se presenta el oficial a su lado en ademán de detenerle.

-Espere, por favor, le dice: quiero confesarme, y antes de hacerlo le voy a contar lo que me pasa... Hace muchos años que vivo alejado de la Iglesia; pero nunca he podido olvidar dos encargos que me hizo mi querida madre, en la hora de su muerte: rezar diariamente *tres Avemarías*, y hacer una visita, en Zaragoza, a la Santísima Virgen del Pilar. Lo primero nunca he dejado de cumplirlo (recé todos los días las *tres Avemarías*); lo segundo lo he querido hacer en llegando a Zaragoza, aunque sentía tentaciones de dilatarlo. Y orando a los pies de Nuestra Señora, he oído una voz que me decía: "confiésate", y aunque no vi en la Capilla criatura humana que me lo pudiera decir, he respondido: "no quiero"... "Confiésate", he oído decir por segunda vez, y he respondido: "antes morir"... ¡Cómo había de confesarme yo que tanto he hablado contra la confesión!... "Confiésate o mueres", me dice la voz misteriosa por tercera vez... Dos veces, durante esta lucha, me he levantado para salir de la iglesia, y he dado algunos pasos fuera de la Capilla, y otras dos veces he vuelto a los pies de la Virgen del Pilar. Después de este tercer aviso, ya no puedo resistir más. Por tanto, Padre, voy a confesarme; treinta y seis años hace que no lo hago...

»Largo rato duró la confesión. Luego, a pesar de la humilde resistencia del penitente, el Padre le obligó a acercarse a la sagrada mesa y comulgar. Y seguidamente se quedó el militar haciendo la guardia a su Reina y Madre... Pasó la tarde; sucediéronse uno a otro los rosarios, se cantaron los gozos, y el oficial continuaba inmóvil a los pies de la Virgen. Por fin llegó la hora de cerrar el Santuario, y el sacristán, que se vio obligado a avisarle para que saliera, pudo notar que el mármol del pavimento estaba humedecido con las lágrimas del penitente... Nada más se ha sabido de él; siendo de esperar que la Virgen Santísima, Mediadora de todas las gracias, le haya obtenido la de la perseverancia.

»El confesor refirió el caso a un respetable sacerdote que lo transmitió a la R. M. Superiora General de las Adoratrices, de cuyos labios lo hemos oído.» (P. Nazario Pérez, S. J.—Revista «El Propagador de las tres Avemarias».—Padres Capuchinos.—Valencia.—Octubre de 1966.)

La Madre de Dios es también Madre nuestra

El Concilio Vaticano II declara que la «Virgen María... está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo,... y a Ella la Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con *filial* afecto de piedad como a Madre amantísima.» («Lum. Gent.», n.º 53).

Y esta realidad incuestionable movió al Santo Padre Pablo VI a dirigirse al mundo diciendo que, «para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María Santísima «Madre de la Iglesia», es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores...

Ciertamente, «con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de ser Madre del Verbo encarnado.»

«La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquel que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal fue cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia...» (21).

Tras de lo cual, finalizando su discurso el Pontífice, hizo a la Virgen María la siguiente invocación:

«Tú, que por tu mismo divino Hijo, en el momento de su muerte redentora, fuiste presentada como Madre del discípulo predilecto, acuérdate del pueblo cristiano que en Ti confía.

(21) Discurso de S. S. Pablo VI el 21 de noviembre de 1964 en la sesión de clausura de la Tercera Etapa del Concilio Vaticano II. (BAC).

«Acuérdate de todos tus hijos; avala sus preces ante Dios; conserva sólida su fe; fortifica su esperanza; aumenta su caridad...»

Y algún tiempo después el propio Sumo Pontífice decía a las gentes:

«Renovad ahora la piedad mariana intensa, sencilla y profundamente arraigada en las almas que os llevó a venerar durante siglos a la gran Madre de Dios *como hijos*. Y María, que se apiada de las necesidades de sus hijos con amor sin límites, y se manifiesta clementísima y pronta a escuchar sus súplicas, os protegerá.

«Invocadla con estas palabras "*¡Mostra te esse Matrem!*"; *¡muéstrate Madre!*...» (22).

Enseñanzas conciliares y pontificias que apoyan la conclusión del P. Angel Luis, C. SS. R., concretada en estos términos: He ahí «los dos títulos que resumen toda la grandeza de María y que mejor expresan su misión salvadora: *Madre de Dios y Madre de los hombres*» (23).

(22) Carta Apostólica de S. S. Pablo VI en el milenario de la Iglesia de Hungría; 6 de agosto de 1970. («Ecclesia», 12 de septiembre de 1970).

(23) «La mediación universal de María» en el Capítulo VIII de la «Lumen Gentium».—(Estudios Marianos.—Volumen XXXI.—1968).

Como ha indicado el P. Llamera, O. P. en sus «Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia» (BAC), «si el Concilio de Efezo fue el de la *divina maternidad de María*, el Concilio Vaticano II ha sido el Concilio de su *maternidad espiritual*... Maternidad espiritual que como constató el P. Angel Luis, C. SS. R., en el Congreso Mariológico que tuvo lugar en Lourdes el año 1958, «se realizó en dos momentos culminantes: en la Anunciación y en el Calvario.»

Según expuso Mons. Escrivá de Balaguer, «María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole *que se manifieste como nuestra Madre*.

»Pero es una madre que no se hace rogar, que incluso se adelanta a nuestras súplicas, porque conoce nuestras necesidades y viene prontamente en nuestra ayuda, demostrando con obras que se acuerda constantemente de sus hijos.

»Los que consideran superadas las devociones a la Virgen Santísima, dan señales de que han perdido el hondo sentido cristiano que encierran, de que han olvidado la fuente de donde nacen: la fe en la voluntad salvadora de Dios Padre, el amor a Dios hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo que nos santifica

Certera afirmación que ha sido confirmada por el Sacrosanto Sínodo diciendo:

«Enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular, la Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como *«llena de gracia»* (Lvi. 1,28) y ella responde al enviado celestial: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»* (Luc. 1,38). Así, María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin el impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con El y bajo El, por la gracia de Dios omnipotente. Por esto, con razón, los Santos Padres estiman a María, no como un mero instrumento pasivo, sino como una cooperadora a la salvación humana por la libre fe y la obediencia.» («Lum. Gent.», n.º 56).

con su gracia. Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos.» (Homilía de 4-5-57.)

Estad seguros y plenamente convencidos de que María nos ama, después de Dios, como nadie, y que para hacérselo comprender San Alfonso María de Liguorio, escribió:

»Reunid, si podéis, el amor que todas las madres tienen a sus hijos, todos los esposos a sus esposas, todos los ángeles y santos a sus devotos, y toda esta suma de amor no igualaría al que tiene María a una sola alma» (24).

Y conscientes de ese inmenso amor de María, la llamamos Madre de Misericordia, porque como decía San Agustín, la misericordia «es la compasión que siente el corazón por la miseria ajena, compasión que impulsa a prestarle asistencia en la medida de las posibilidades del compadeciente» (25).

¿Y quién con más capacidad de auxilio que la Madre de Dios, que por serlo es Reina de todo lo creado?...

Realeza de María

María es Reina por ser su divino Hijo Rey (Rey de Reyes y Señor de los Señores).

(24) «Las glorias de María», pág. 65.

(25) P. Terrien, S. J. «La Madre de Dios y Madre de los hombres», tomo III, pág. 303.

María es Reina «por la gracia de Dios», porque de Dios recibió la gracia singularísima de ser la «Madre de Dios».

María es Reina con Cristo Rey, porque cooperó a la constitución del Reino de Cristo con su personal sacrificio y su identificación total con su divino Hijo.

Por esto, inspiradamente, escribe el P. Angel Luis, C. S. R.: «Confiemos sin límites en la protección de esa Reina, porque, ¿dónde encontrar un rey y una reina cuyos corazones hayan latido tan al unísono como el corazón de Jesús y el de María? ¿Dónde encontrar tal fusión, o mejor, tal unificación de sentimientos y de voluntades como en Cristo y su Madre? ¿Dónde encontrar, consiguientemente, una reina que goce sobre el corazón del rey, de un ascendiente comparable al ascendiente que goza María sobre el corazón de Jesucristo?...

«Dios ha vinculado la concesión de la gracia en la actual economía, a la ley de la oración; y a la vez, libremente ha establecido que cuantas gracias se dispensen a los hombres pasen por las manos de María. De donde se desprende que la función asignada a los ruegos de nuestra Reina sobrepasa todo lo humanamente imaginable. La plegaria de María la califican los Padres y teólogos de: "omnipotente" no sólo por ser plegaria de Madre, sino también por ser plegaria de Reina; plegaria de Reina, por sobrepujar en eficacia la de todos los santos del cielo; plegaria de Reina, porque brota de la comunión perfecta de ideales entre el corazón de Cristo y de la Madre, unida a El en

toda la amplitud de su obra redentora; plegaria de Reina, porque en Ella latén todos los anhelos de todos los súbditos del Reino de Cristo, ya que María está unida a Jesús por el anhelo del bien común de los hombres, al que está orientada toda su actividad» (26).

Lo cual hizo decir al P. Manjón, fundador de las «Escuelas del Ave María», que: «el Reinado de María es Reinado de Madre, porque los súbditos, sus vasallos, *somos hijos suyos*» (27).

«¿Qué cosa, por tanto, hay más grata, claramente suave y alegre que comprobar y experimentar en la práctica que tenemos una Madre tan poderosa como clemente, en cuyo seno podemos refugiarnos, y pedirle todo lo que sea saludable y conveniente a nuestras necesidades? Tal es la Madre de Cristo, Madre de los Santos, causa de nuestra plena alegría, llena de gracia, bendita entre las mujeres, María...» (S. S. Pablo VI.—Carta de 16 de julio de 1971 al Legado Pontificio en el Congreso Internacional Mariano-Mariológico de Zagreb (Croacia).

Admiremos, pues, y agradezcamos siempre sus delicadezas maternas.

(26) «La realeza de María». —Estudios Marianos.—Vol. XI.—1950.

(27) Cit. del Hno. Ginés de María, en «La Madre», pág. 91.

La nieta que salvó a su abuelo

En un lugar del Perigord (Francia), ejercía su profesión un médico, a quien nadie hacía referencia por su propio nombre, sino al que todos llamaban «el buen Doctor».

Y en verdad merecía este título, porque era realmente bueno con todos, y, sobre todo, con los pobres.

Sin embargo, el doctor no era un hombre religioso.

No es que fuese descreído. No llegaba a tanto. Más bien era «indiferente».

Así, se daba el caso de que desde la fecha lejana de su matrimonio no se había preocupado de recibir los sacramentos...

Los muchos años y la excesiva actividad profesional desarrollada postraron al doctor en el lecho, con irreparable agotamiento. Toda esperanza de curación quedaba descartada.

¡Y «el buen Doctor» iba a morir en la impiedad!

Este pensamiento y temor torturaba el corazón de una nieta que le acompañaba en aquella ocasión. La niña era un ángel de dulzura y de piedad. Sentada junto al enfermo, lo entretenía y cuidaba. Y mientras descansaba el anciano, dirigía con lágrimas esta plegaria al cielo:

«Oh, Virgen buena, Vos que sois todo misericordia y todo lo podéis, moved a penitencia el corazón de mi abuelo!

»No permitáis, santa Madre de Dios, que muera sin auxilios espirituales.

»En vos, Madre mía, tengo puesta toda mi confianza.»

Y tras de esa oración rezaba las *tres Avemarías*...

Una tarde, con el fin de distraer a su abuelo, la niña empezó a pasar revista al contenido de una gran cartera donde aquél había ido dejando recuerdos de pasados tiempos... Sus ojos se detuvieron en un sobre viejo, y exclamó:

—Una antigua carta, abuelo. ¿De quién será que la habéis conservado?...

El anciano le respondió:

—Léela y haremos memoria.

Y la joven leyó:

«Mi querido ahijado: ¡Cuánto siento no poder abrazarte antes de que te marches a París!, pero me es imposible ir a verte. Estoy atada a la cama por mi reumatismo. Seguramente no volverás a ver aquí abajo a tu vieja madrina, y por esto te pido escuches mis consejos, que serán los últimos.

»Tú sabes que París ha sido siempre un abismo, y ante ese peligro tiemblo por ti. Sé un hombre fuerte, de buen temple, firme en la fe. Permanece fiel al Dios de tu bautismo, que has de ver en la eternidad... Yo te pongo bajo la protección de la Santísima Virgen María, y te recomiendo encarecidamente seas constante en la práctica de piedad que desde muy niño tuviste de rezar mañana y noche las *tres Avemarías*...

»Rogará por ti tu madrina, que te estrecha fuertemente sobre su corazón...»

La carta, que tenía fecha de hacía cuarenta y ocho años, produjo una honda emoción al doctor.

Rememoró los años despreocupados de su juventud, sus extravíos y ligerezas, su apartamiento de los actos de culto y el abandono de sus devociones.

Pensó también en sus tareas profesionales y en su vida familiar y se detuvo recordando a su bondadosa madrina, que murió a los pocos meses de escribir aquella carta. Ella le había enseñado a rezar las *tres Avemarías* en su infancia...

Sintió el doctor un vivo impulso de gratitud hacia esa mujer buena, cuyos buenos consejos no siguió. Y mirando tiernamente a la nieta, balbuceó:

—¡Por mi madrina!... Dios te salve, María...

Y rezó las *tres Avemarías* juntamente con la nieta, que, con íntimo gozo, sonreía y lloraba a la vez.

¡Estaba ganado para Dios «el buen Doctor»!...

—Llama al Padre —dijo el enfermo—, porque he de contarle estas cosas.

Acudió el sacerdote diligentemente, y el doctor hizo su confesión con singular fervor.

Al día siguiente empeoró alarmantemente y hubo que administrarle el Santo Viático... Con paso acelerado se aproximaba la muerte.

Cogió «el buen Doctor» con dificultad una mano de su nieta y, haciendo un gran esfuerzo, le dijo:

—Esto se acaba..., reza conmigo las *tres Avemarías*...

Al terminar la tercera *Avemaría* expiró dulcemente.

(P. Didier de Cre, O. F. M. Cap.) (28)

María renueva su promesa de protección

Cuando Sor María Villani, religiosa dominica (siglo XVI), rezaba un día las *tres Avemarías*, oyó de labios de la Virgen estas estimulantes palabras:

«No sólo alcanzarás las gracias que me pides, sino que en la vida y en la muerte prometo ser especial protectora tuya y de cuantos como tú PRAC-TIQUEN ESTA DEVOCION» (29).

Y las promesas de la Reina de los Cielos nunca dejan de tener pleno cumplimiento.

¡Muerte santa después de una vida desacertada!

Una Casa de religiosos de la Compañía de Jesús... Llamaban telefónicamente desde la Prisión Militar en la noche del 5 de diciembre de... hace pocos años.

—Padre, ¿podrá usted acudir?

—¿Es urgente?

—Sí, Padre. Venga en seguida...

Llego a la prisión. Un oficial de la guardia exterior

(28) «Notre-Dame de la Trinité». Tomo II. Blois, 1958, páginas 238-40.

(29) P. García Garcés, C. M. F. «Las tres Avemarías», pág. 35.

me acompaña hasta una habitación poco iluminada. Entro, y veo al sentenciado, que aparece abatido y hunde el rostro en el pecho. Levanta tristemente la mirada hacia mí y hace un gesto significativo de que no le soy grato.

Le saludo; corresponde friamente y exclama: «No necesito sus servicios».

—¿Quiere que le acompañe en esta hora difícil?

—No, gracias; déjeme en paz. No me amargue lo poco que me queda de vida.

—¿De dónde es usted?

—De Zaragoza.

—¿Tiene usted familia en la ciudad?

—Sí, señor.

—¿Puedo servirle a usted para transmitir sus últimos deseos?

—He dicho a usted que me deje tranquilo. ¡Váyase!

—¿No necesita nada?

—Por medio de usted, no.

—Yo quisiera ayudarle en este amargo trance, con la esperanza de una vida que no muere...

—¡Déjese de cuentos!

Hubo una breve pausa.

—¿Tiene usted madre?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted algún recuerdo especial para ella?

—¡Bastante pena ha de tener cuando sepa mi muerte!...

Quedó pensativo. El tiempo avanzaba.

—Faltan unos minutos —le digo—. Vamos a ganar el cielo... Pidámoselo a Dios... ¿Sabe usted alguna oración?... ¿El **Padrenuestro**?

—No, señor. Jamás me preocupé de eso.

—No importa. Podemos decirlo ahora los dos juntos.

—¡No insista! Quiero que me deje en paz ya.

—Animo, amigo mío. En un minuto nada más ganamos el cielo... ¿No sabe usted rezar nada? ¿No le enseñó su buena madre ni siquiera el **Avemaría**?...

Aquel hombre, hasta entonces abatido y hosco, levanta su cabeza, me mira de frente, desfrunce el ceño y, en tono natural y casi amistoso, me dice:

—El **Avemaría**, sí...

—¿Ah, sí? —exclamo ansioso, vislumbrando el faro de salvación.

—Mire usted: tenía yo unos catorce años, y hasta esa fecha había vivido con mi madre, que es muy buena... Pero deseoso de libertad, y empujado por mis amistades, quise apartarme de la autoridad de mi madre y correr por el mundo. Y decidí marcharme de casa... Al decírselo a mi madre le causé un gran dolor, y el día de la partida echó, llorando, sus brazos a mi cuello; me llenó de besos la cara, y me dijo: «Hijo mío, puesto que no desistes de tu idea y te vas, te voy a pedir el último favor: quiero que me hagas una promesa. ¿Serías capaz de negársela a tu madre?»

—No, madre; dime qué es lo que quieres (y para

apresurar la despedida, añadió): Te juro que cumpliré la promesa.

—Pues lo que te pido, hijo mío, es que me prometas rezar a la Virgen todos los días *tres Avemarías*.

—Te lo prometo, dije. Y me fui...

Otro corto silencio. Luego continuó:

—He viajado mucho. Mi vida fue azarosa... No obstante, Padre, he cumplido todos los días la promesa que hice a mi madre.

—¿Es posible? —le pregunté, conmovido.

—Sí, señor; ayer, en la cárcel, y esta misma noche, recé las *tres Avemarías*.

Y transformado por este bendito recuerdo mi interlocutor, y animado el acento de su voz, a la vez que asomaba a su rostro una leve sonrisa, agregó:

—Padre, yo no sé que íntimo alborozo siento en estos instantes... Yo noto algo tan extraño en mi interior, que pienso que la Virgen me quiere salvar... ¡Padre, ayúdeme; confiésemel...

Unas lágrimas brotan de sus ojos... Y de sus labios van saliendo estas palabras: «Creo en Dios...». «Pésame, Señor, de haberos ofendido...».

—¿Quiere usted recibir la Sagrada Comunión por Viático?

—Pero, ¿podré, Padre?...

Sobre mis rodillas extendí el corporal, saqué la cajita-copón... Lloraba él, y yo no podía contener mi emoción.

Ecce Agnus Dei... «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo...». Y le dije:

—Diga usted conmigo: «Señor, no soy digno de que entréis en mi pobre morada...». Y terminé diciendo: «El Viático del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo te defienda del maligno enemigo y te lleve a la vida eterna. Amén.»

Sobre los corporales cayeron lágrimas del penitente; y los centinelas se estremecieron ante la escena...

La llegada de un refuerzo de la guardia nos advirtió lo inminente del terrible desenlace.

Rugué a mi confesado que dijese: «Señor y Dios mío, acepto con ánimo conforme la muerte que me enviéis, con todas sus penas y dolores.»

Dicho esto se puso en pie y, levantando la cabeza, dijo: «Padre, vamos; ya estoy dispuesto...»

Y comenzamos a caminar hacia el lugar de la ejecución.

Seguidamente me tomó el crucifijo, y ante el mismo me hizo las últimas confidencias y encargos:

—Padre, escriba a mi esposa diciendo que me despido de ella, pidiéndole con toda mi alma me perdone lo mucho que la hice sufrir en la vida... A mis hijos, que son aún pequeños, incúlquenles que no sean como el padre, que no sigan sus ejemplos; que sean fieles cristianos y buenos siempre con su madre, sin abandonarla nunca... Y, por último, Padre —estábamos llegando al sitio en que la sentencia había de ser ejecutada—, me ha dicho usted si quiero algo para mi madre. ¡Sí, desde luego! A mi buenísima madre no deje de decirle que le agradezco inmensa-

mente que me hubiera hecho prometerle, al separarme de su lado, rezar a la Virgen todos los días las *tres Avemarías*; y que ahora su hijo muere con el íntimo consuelo de sentir que la Virgen le salva y lleva al cielo.

—Le prometo hacer cuanto me ha encomendado... Y bese el crucifijo y diga: «Jesús, ten misericordia de mí»... «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío»... «María, Madre mía, sálvame»...

Se oyeron unos disparos de fusil...; se desplomó su cuerpo, y... el manto de la Madre celestial lo cobijó... Eran las primeras horas del día 6 de diciembre, antevíspera de la Inmaculada (30).

Ayer, hoy y siempre, la devoción a María, «puente» de la tierra al Cielo

El Pontífice Pablo VI, en su «Exhortación Apostólica "Marialis Cultus"», de 2 de febrero de 1974, escribió:

«La Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles, porque Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (Luc. 1,38); porque acogió la palabra divina y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo...» (31).

(30) Arbeola.—«Sábados populares», vol. II, pág. 9.

(31) El mismo Santo Padre, en su Alocución al Congreso Mariológico que se reunió en Roma el 16-5-75 en el Ateneo Antoniano.

«¡Cuanto más se conocen y admiran las grandezas, las perfecciones y virtudes de la Inmaculada Virgen Madre de Dios, más se alaba y ama a Dios!... Este es siempre el fruto de la piedad filial hacia María: hacernos sentir vivamente la filiación divina, por ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo.» (P. Angel Luis, C. SS. R.).

Por tanto, «os exhorto a que améis más y más a la Santísima Virgen...

Admirad,
respetad,
ensalzad,
obsequiad,
imitad,

a esa purísima, dulcísima y santísima Madre...

«¡Quien la ama, es casto!»

«¡Quien la mira, es puro!»

«¡Quien la imita, es santo!»

«Y ninguno de sus devotos pereció jamás» (32).

Porque, como con frecuencia decía San José de Calasanz, e igualmente afirman multitud de santos, «es imposible que no se salve quien es devoto de la Virgen».

decía: «Como la Virgen es "llena de gracia" (Luc. 1,28) que nos ha dado a Jesucristo, a nadie se oculta lo mucho que su ejemplo, su intercesión y su protección pueden ayudar a los fieles a renovarse y reconciliarse con Dios y con los hermanos, absteniéndose y huyendo de todo pecado.» (Revista «Miriam», julio-agosto de 1975.—Sevilla).

(32) Langspergio; cit. del R. Dr. Juan María Cascante.—«El culto debido a María», pág. 230.

Por esto, con palabras de San Juan Bosco, os decimos: «Cultivad, pues, una tierna, verdadera y constante devoción a María Santísima. ¡Si os dierais cuenta de la importancia de esta devoción, no la cambiaríais por todo el oro del mundo!» (33).

Incontestablemente, nada hay comparable con la dicha de salvar el alma.

Llegó a Carmelita Descalzo después de tropiezos mundanos

En una gran ciudad de un país hispanoamericano, un niño acudía todos los domingos a la Catedral, a la que los Hermanos Maristas enviaban esos días dos Hermanos para la enseñanza de la Doctrina, labor de caridad muy necesaria en una nación donde la escuela laica prescindía de toda instrucción religiosa.

Un día, el Hermano Macario, que era el catequista del grupo en que figuraba el niño a que nos referimos, les habla de rezar a la Virgen *tres Avemarías*...

«Si las rezáis todos los días —dice—, la Virgen os salvará... ¿Vosotros queréis ir al cielo? Pues comenzad a rezarlas esta misma noche al acostaros...»

Aquella afirmación de protección salvadora fijó la atención del pequeño oyente, y le determinó a dar comienzo a su rezo aquel día.

(33) PP. Robles y Figares, S. J.—«Año Mariano.—Presencia de María en la vida de los hombres», págs. 200 y 746.

Meses después dejaba el niño la asistencia a la Doctrina. Y luego cursó el Bachillerato y pasó a la Universidad.

El ambiente incrédulo que halló en ésta y las tentaciones de un mundo tropical, sofocaron las prácticas de piedad, y cayó en las tinieblas del error y en el desenfreno de la vida...

Sólo quedaron las *tres Avemarías*.

Las sostenía aisladas, a veces pendientes del hilo de una perseverancia casi imposible. Hasta que una noche se enfrentó con aquellas *tres Avemarías*, diciendo:

«¿Para qué? Dejemos esta carga...»

Pero en ese instante sintió un estremecimiento, y, como por instinto, con ansiedad ciega, se dijo: «No, no... Las rezaré. ¡Virgen María, que tú me salves!». Y se agarró a ellas como a un último lazo, que si se desataba se hundía. Y en medio de la noche de su vida persistieron las *tres Avemarías*.

El propio interesado nos dirá ahora lo sucedido pocos años más tarde:

«Fue un mes de mayo. Una extraña inclinación, un impulso interior que me sorprendía, me inclinaba a ir al templo y asistir a las Flores de Mayo. Era esto, en mis circunstancias, una aberración, además de inquietarme los respetos humanos. Y, sin embargo, la inclinación me llevó. Entré en el templo del Carmen...

A la salida entablé conversación con un señor, que por su amplia cultura se me hizo grato. Nos despedimos hasta el siguiente día, y nos reunimos también

los sucesivos del mes de mayo. De nuestras charlas acerca de los temas religiosos volvió la luz y recuperé la fe...

Entonces las *tres Avemarias* brillaron como tres estrellas de la mañana. Un convencimiento íntimo me ha afirmado siempre que la luz de esa mañana brotó a través de ellas en los ojos misericordiosos de la Señora. Los ojos que sentí fijarse cada vez más insistentemente, más maternalmente en mi alma. Y en su dulce mirada hubo una insinuación sublime, y... su deseo se hizo realidad, con mi ingreso en la Orden del Carmen Descalzo...

Arraigada tengo la convicción de que el lazo salvador que me ató al cielo sobre el abismo, lazo por algún tiempo único, fueron las *tres Avemarias*, el lazo bíblico triplemente trenzado de Poder, de Sabiduría y de Amor de Madre, que no falla, que no dejo jamás y donde guardo sujeta una esperanza tan inmensa como la misericordia de la Señora». (P. Fr. Juan Alberto de los Cármenes, O. C. D.) (34).

La Virgen ratifica su complacencia por esta devoción

Según el Bienaventurado Diego de Cádiz, capuchino, que vivió en el siglo XVIII y fue llamado el Apóstol de la Santísima Trinidad, la Madre de Dios

(34) «Miriam», julio-agosto de 1959, Sevilla (España).

reveló que «una de las más agradables devociones que se le pueden ofrecer, es la de ayudarle a dar gracias a la Augusta Trinidad por el Poder que recibió del Padre Eterno, por la Sabiduría con que la enriqueció su Hijo y por la Caridad de que la llenó el Espíritu Santo» (35).

Por eso al que practica esta devoción le alcanza la felicidad eterna.

«Salió del mundo para ir al cielo...»

Un misionero redentorista escribe:

En el año 1959 mandé carta a diez mil enfermos, con la estampa de las *tres Avemarías*.

Poco tiempo después me llamaba uno de ellos.

Era un hombre ilustre en el mundo de las Letras y de la Jurisprudencia.

Lo conocía desde hacía ocho años.

Al saludarle, me dijo:

—Le he llamado para que sea usted testigo de un milagro de conversión de un pecador, que hay que atribuir a la devoción de las *Tres Avemarías*.

—¿Dónde está ese pecador? —le dije.

Y él, seriamente, exclamó:

—Soy yo, Padre. Quiero confesarme. Y tenga paciencia, porque tenemos para un buen rato.

(35) Informe del P. Fr. Juan Bautista de Chémery, O. F. M. Cap. al Congreso Mariano de Puy en 1910.—«*Fleurs de Doctrine des Trois Ave-Marias*», pág. 91.

—Según recibí su carta —siguió diciendo—, tomé la estampa y empecé a rezar mañana y tarde las *tres Avemarías*, con la jaculatoria impresa: «*María, Madre mía, líbrame de caer en pecado mortal*». Luego la corregí, para decir: «*María, Madre mía, líbrame de morir en pecado mortal*»... Y esta mañana he sentido el impulso de hacer lo que debiera haber hecho hace más de cincuenta años.

Le confesé... Un mes exacto después moría de repente.

Dos días antes le había vuelto a confesar, y me había dicho:

—Padre, yo voy a morir. Me falla el corazón desde hace un mes, desde aquel día que me oyó usted en confesión. ¡Es demasiada mi alegría y mi gratitud a la Santísima Virgen, para que pueda vivir más en este pícaro mundo! (36).

María es «Omnipotente suplicando»

¿Sabéis cuánto puede delante de Dios la Santísima Virgen María?

«Cuanto puede el mismo Dios», según dijo San Leonardo de Puerto Mauricio (37).

Dios es Omnipotente por naturaleza.

(36) «*Miriam*», julio-agosto 1959.

(37) PP. Robles y Figares, S. J. Ob. cit., pág. 428.

María es Omnipotente por gracia y dependiendo de su Divino Hijo.

De ahí que con acierto se haya escrito:

«Todo el poder de Dios, ¡oh, María!, te ha sido concedido; pero con otro nombre: «Intercesión».

«Tu “súplica”, Señora, es hermana de la divina Omnipotencia» (38).

Porque si **«una súplica de un corazón humilde y sencillo rinde el Corazón de Dios»** (39), ¿cuál no será la favorable acogida que en el Corazón de Cristo tenga siempre el ruego que fluya del Corazón Inmaculado de María, su Madre?...

Por esto sostuvo Pío IX que «cuanto la Virgen quiere, lo obtiene, ya que sus plegarias nunca quedan desatendidas» (40).

Compró el cielo con abonos de tres Avemarías diarias

Del Rvdo. Padre J. Manuel Martínez, capellán de la prisión mexicana de las Islas Marías, copiamos la siguiente relación:

(38) Luis G. Gasco: «Sorpresa de una Letanía», pág. 62.

(39) Beata Rafaela María del Sagrado Corazón, fundadora de las RR. Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

(40) Bula «Ineffabilis Deus», de 8 de diciembre 1854. BAC, tomo 128. Y San Germán de Constantinopla, exclamaba:

«¡Oh, Virgen; oh, Madre de Dios!, tu intercesión es tan poderosa, que para obtener la salvación no se necesitan otros intercesores ante Dios que Tú. Nadie, ¡oh, Santísima!, será salvo sino por Ti; nadie, ¡oh, Inmaculada!, será libre del mal, sino por Ti; nadie, ¡oh, Purísima!, recibe los dones de Dios, sino por Ti.»

(Cit. del Hno. Ginés de María, en «La Madre», pág. 72.)

El mes de mayo no se pasó sin que mi Madrecita mostrara su amor a las almas con quienes trato. Tuve seis primeras comuniones de niños, y tres primeras comuniones de adultos prisioneros. Pero donde sí mostró su omnipotencia suplicante fue en el siguiente caso:

Tenía yo un amigo a quien trataba con frecuencia por ser Jefe de la Agencia Comercial Islas Marías en Mazatlán, y a quien yo llamaba primo, por tener mi mismo apellido. Su nombre era Bibiano Martínez. Era un hombre que se gozaba en contar chistes volterianos de todos los colores contra los curas y las monjas. Era, aparentemente, descreído. En una ocasión le dije: «Oye, primo, ya estás muy viejo y conviene que cambies de vida para ganarte el Cielo.»

«Mira, primo —me respondió—, tú ya me conoces. Yo no creo en los curas. Yo hice mi primera comunión a la edad de ocho años, y desde entonces no ha vuelto Cristo a mi alma porque soy malvado; pero tengo algo a mi favor; mira, ya tengo sesenta y ocho años de edad y, aunque perverso, no he dejado de rezar a la Virgen María *tres Avemarías* que me dijo mi madre que rezara diariamente el día de mi primera comunión. ¿No te parece que eso es un buen abonito para el Cielo»? Nos reímos, y en eso quedó todo.

Llegó el día 13 de mayo de este año. Como a las once de la mañana llegó un avión a las Islas, y traía al gerente de la Coca-Cola en visita de negocio. A las cuatro de la tarde, al emprender el vuelo de regreso a Mazatlán, me di cuenta de que el avión regresaba al

día siguiente por la mañana, y me dieron muchas ganas de volar a Mazatlán, para regresar al día siguiente. Me ofrecí al capitán Márquez como invitado, el cual no titubeó en aceptarme. Viaje gratuito de ir a Mazatlán, sentirme unas horas en el mundo de la libertad y regresar luego a mi prisión. Al día siguiente, antes de irme al campo de aviación, fui temprano a visitar el Sanatorio Mazatlán, y me dijeron las Madrecitas: «Padre, su primo Bibiano está gravemente enfermo en el cuarto número 2.»

Fui luego a visitarlo: «Buenos días te dé Dios, primo.» Bibiano abrió los ojos desmesuradamente y con voz entrecortada dijo: «¿Quién es?... “¡Fantasma!... ¡No!...” Yo comprendí que algo raro pasaba, y le dije: «¿Qué te pasa? ¿Por qué me llamas fantasma? Yo soy el Padre Martínez Trampas, toma mi mano, salúdame.» Bibiano tendió su mano temblorosa, y al estrechar mi mano, me tocó todo el brazo y la cabeza, y me dijo llorando: «Tú eres, sí tú eres, ¡bendito sea Dios!». Entonces yo le dije: «¿Qué te pasa? ¿Por qué te espantaste?» Entonces Bibiano, ya sereno y convencido de que yo era, me dijo: «Mira, primo, siento que me faltan unas cuantas horas para estar ante el tribunal Supremo; me siento muy grave; ayer por la mañana pensé mucho en ti, y le dije a la Santísima Virgen María: “SI EN VERDAD ME AMAS, SI EN VERDAD ME QUIERES PAGAR LAS TRES AVEMARIAS QUE TE HE REZADO DURANTE SESENTA AÑOS, TRAEME AL PADRE MARTINEZ TRAMPAS DE LAS ISLAS MARIAS, PORQUE SOLO EL

PODRA ESCUCHAR MI CONFESIÓN Pero me asaltaba el pensamiento de que mi petición era imposible, porque faltan quince días para que venga el barco. Pero ahora veo que fue muy fácil para Dios. Ya estás aquí.» Yo le dije: «De manera que quieres confesarte.» «Para eso te trajo Dios», me respondió con lágrimas en sus ojos. Con su voz ahogada por el llanto, me dijo: «**SALVAME PRIMO, SALVA A ESTE PECADOR.**» Cerró sus ojos y comenzó la confesión.

Ya se imaginarán ustedes la emoción que sentía mi alma en esos momentos. Bibiano lloraba; yo también lloraba. Tenía yo sentimientos de admiración, de gratitud, de no sé qué. Parecíame ver al Dios del Perdón y a la Santísima Virgen María que estaban presenciando aquel momento feliz de un alma que, como el hijo pródigo, vuelve a los brazos de su Padre. Le hice repetir pausadamente el acto de contricción y luego con toda calma pronuncié la fórmula de la absolución. Al terminar todo, me besó la mano, y me dijo: «no te imaginas el consuelo que has dado a mi alma. Me siento feliz. La Santísima Virgen me ama, y Dios me ha perdonado. En el cielo nos veremos.» Momentos después de haberle dado el salvoconducto para el Reino de los Cielos, llegaron por mí para llevarme al campo de aviación y regresar a mi prisión de las Islas Marías. Por la tarde recibí el telegrama de que Bibiano había volado al Reino de los Cielos. **QUE MISERICORDIA DE DIOS! ¡QUE OMNIPOTENCIA SUPPLICANTE DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA!** Con justa razón le puedo llamar a este caso «El pecador

que compró el Cielo con abonitos de *tres Avemarías* diarias durante sesenta años».

En este caso admiro una vez más la omnipotencia suplicante de la Virgen María en favor de un pecador que en ella confió. Si vemos el caso desde el punto de vista sobrenatural podemos resumirlo así: PRIMERO: Bibiano hace su petición veinticuatro horas antes de morir, pidiendo a la Santísima Virgen María una cosa imposible como era venir yo desde las Islas Marías. SEGUNDO: Horas después la Santísima Virgen María envía el avión a las Islas Marías, y, sin pensarlo yo, me pone todas las facilidades y me entusiasma para ir al mundo de la libertad. TERCERO: Horas después la Santísima Virgen María me tenía frente a su amado hijo Bibiano para satisfacer su petición. Y finalmente, la Santísima Virgen María paga con el Reino de los Cielos el perseverante rezo diario de las *tres Avemarías* (40 bis).

«María, medianera de todas las gracias»

San Bernardo dijo: «Considerar almas todas, que el Señor depositó en María la plenitud de todos los bienes. Por tanto, con todo lo íntimo del alma, con todos los afectos del corazón y con todos los senti-

(40 bis) «El Mensajero del Corazón de Jesús» de Centroamérica y Panamá, 1967; remitido desde San Salvador (República de El Salvador) por el P. Santiago Garrido, S. J. al P. Larrauri, C. SS. R. el 22 de febrero de 1973.

mientos y deseos de nuestra voluntad veneremos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiésemos por María. Esta es, repito, su voluntad, pero para nuestro bien» (41).

Muy cierto es esto.

«La Santísima Trinidad, para exaltación de la Virgen María como Madre de Jesús, ha determinado que todas las gracias que quiere otorgar, se concedan por las manos de María» (42).

«No hay, por tanto, gracia alguna que no sea concedida por Dios con intervención de María.»

«No hay oración que suba al cielo sin su mediación.»

«Todas las donaciones de vida divina pasan por la Virgen.»

«Todos los arrepentimientos y conversiones de pecadores, toda victoria sobre el mal, toda santificación de los justos, todo el bien que en esta vida se realiza, todo es obra de ella, en todo tiempo, en todo lugar, para todos los hombres» (43).

(41) Obras de San Bernardo, tomo II, pág. 133.

San Anselmo advierte que: «cuando pedimos a la Virgen nos obtenga sus gracias, no es porque desconfiemos de la divina misericordia, sino más bien porque somos conscientes de nuestra indignidad, y nos encomendamos a María para que su dignidad supla nuestra miseria.» (Cit. Hno. Ginés, de María, en «La Madre», página 73).

(42) Venerable P. Jenaro M. Sarnelli, C. SS. R. Cit. del P. Roschini, tomo I, pág. 641.

(43) P. Spiazzi, O. P., «María en el misterio cristiano», página 260.

Ponderando estas realidades, el Concilio Vaticano II, ha dicho:

«María —como es sabido— es nuestra Madre en el orden de la gracia; y esta maternidad perdura sin cesar, pues, una vez recibida en los cielos, no ha dejado su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercepción los dones de la eterna salvación. Por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado, hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso la Bienaventurada Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora.» («Lum. Gent., n.º 62).

a) El buen fin de un legionario...

España. Año no muy distante y lleno de recuerdos... En una de las «Banderas» del Tercio encontraba un legionario llamado Jaime, que tendría como treinta y cinco años. Muy culto y educado.

Su valor, que al principio sorprendió a todos, nos hizo comprender que él no había venido al Tercio para luchar, sino para morir...

Su conducta religiosa era lo que más sorprendía a sus compañeros, hablaba con frecuencia con el sacerdote; sus costumbres eran austeras; le veían rezar brevemente todas las noches, pero jamás le vieron confesarse ni siquiera en los momentos más

desesperados. Además, en sus conversaciones se mostraba ateo convencido, aunque friamente respetuoso.

Cuando alguien se atrevió a preguntarle el porqué entonces de sus rezos sin fe, le respondió muy serio:

—Empeñé mi palabra, ¡y las palabras siempre las cumplo!

Una mañana entró en combate la «Bandera» y una bala dio en tierra con nuestro legionario. El corazón estaba destrozado.. ¡Había muerto en el acto!

Al descansar de aquella jornada de guerra, quise descorrer ante los legionarios que me rodeaban el velo que cubría toda la vida de Jaime.

Había nacido en una familia distinguida por sus riquezas y por sus virtudes.

Todavía joven, ingresó, a la vez que un hermano suyo, en una Orden religiosa. Allí brilló por su talento, virtud y perfección. Y así pasaron años... Pero Jaime no fue prudente al hacer sus lecturas; perdió su fe y acabó saliendo de la Congregación religiosa.

Su madre estaba, poco después, para morir... Y con voz dificultosa le dijo:

—Jaime, Jaime, ven a mi cabecera. Quiero pedirte una cosa. Reza siempre, diariamente, *tres Avemarías*.

Jaime titubeó. Al fin, con voz entrecortada, contestó llorando:

—Madre, te lo prometo... Te lo prometo...

La madre murió...

Los días y las noches huían; la inquietud y el

vacío reinaban en el corazón de Jaime. La vida era para él un martirio.

Por entonces, la Legión tenía abiertos sus banderines de enganche. Jaime se sintió aliviado; había encontrado un medio noble de acabar con sus inquietudes, y se alistó en la Legón, en busca de la muerte.

En mis charlas con él, le insté, como sacerdote, a confesarse. Su respuesta era invariablemente la misma:

—Padre, quería creer..., pero no puedo...

Cuando conocí la promesa hecha a su madre me tranquilicé. Estaba convencido de que la Madre del cielo no permitiría su condenación. Y, efectivamente, así ha sido.

Ayer, muy entrada la noche, un legionario fue a mi tienda de campaña. Era Jaime. Estaba impresionado. Se limitó a decir:

—Padre, presiento que tengo la muerte muy cerca. Vengo a confesarme...

¡Las tres *Avemarías* le habían salvado! (un Padre jesuita, agregado como sacerdote a una «Bandera» del Tercio) (44).

b) Una madre que no quiso morir...

Uná mujer joven se moría...

Casada con un médico, ni éste ni los más especia-

(44) «Año Mariano». PP. Robles y Figares, S. J., pág. 6.

lizados compañeros de profesión que habían acudido a examinar a la enferma, encontraban recursos en la ciencia con que poder curarla.

Resignado el marido, atendió la petición de la enferma: «¡Que venga un sacerdote!»

Y el sacerdote acudió al domicilio que se le había indicado, y encontró junto al lecho de la paciente al marido y los dos hijos que del matrimonio habían nacido. El mayor contaba tres años y el menor de los niños tenía poco más del año.

Se retiró el doctor con sus hijos, para que confesara la enferma...

Cuando el sacerdote preguntó a ésta si aceptaba la muerte, la joven madre, cobrando energías, contestó:

—¡Padre, no quiero morir...!

Y se echó a llorar, diciendo:

—No por mí, sino por mis hijos y mi marido.

Calmada luego, exclamó:

—¡Hágase la voluntad de Dios! Pero..., quiera Dios librarme de la muerte. ¡Se lo pido con toda mi alma!

Entonces, el confesor le dijo:

—Ponga usted por intercesora a la Santísima Virgen, que Ella es Madre y sabrá comprenderla como nadie... ¡Y ella todo lo puede cerca de Dios!

Y sacando del libro de oraciones una estampa de las *tres Avemarías* y una novena, se las dio a la enferma, indicando:

—He aquí una devoción muy eficaz. Comience hoy mismo a rezar las *tres Avemarías*, y juntos con usted

su marido y niños invoquen a María, Omnipotencia Suplicante, Madre de la Sabiduría infinita y Madre nuestra de Misericordia. ¡Pongámoslo así todo en sus manos!

Tres días más tarde, el marido acudió a la iglesia preguntando por el sacerdote que había confesado a su mujer, y al verle éste se apresuró a decirle:

—¿Qué pasa, doctor? ¿Cómo sigue la enferma?

Y el médico, con irreprimible emoción, le contestó:

—¡Padre, milagro de la Virgen! Mi mujer, inexplicablemente, está fuera de peligro y en franca mejoría.

Y, serenándose, añadió:

—Tan pronto salió usted de mi casa el otro día, pusimos en práctica su consejo, y dimos comienzo al rezo de las *tres Avemarías*; arrodillados mi hijo mayor y yo, y en pie, a la cabecera de la cama de su madre, el pequeñín... ¡Y con qué fervor las rezamos, Padre! Igual hicimos el segundo día y hoy por la mañana... Y esta tarde advertí, con asombro, que la fiebre casi había desaparecido... Y al llegar mis compañeros a efectuar su diaria visita, se sorprendieron igualmente del cambio producido, que no tenía explicación científica... ¡Se ha curado! Ofrezca, Padre, mañana, la Santa Misa en acción de gracias a Dios y a Nuestra Señora de las *tres Avemarías*. (Padre Raimundo F. Olivas) (45).

(45) Expuesto en Madrid, año 1948, en la Iglesia Parroquial de San Martín.

c) La Madre Celestial premia la virtud

Un caso curioso me viene a la memoria: Una muchacha de veintiún años mantenía relaciones amorosas con un joven de veintitrés años. Y un día me dijo ella, muy apenada, que ese joven no iba ya a verla, por lo que se sentía triste y desesperada.

Le pregunté cuál fuese el motivo de ese apartamiento del joven de que me hablaba, y entonces me declaró lo siguiente: «Porque él había empezado a molestarme, pretendiendo consintiera algunas libertades que no me gustan; y le dije que hablaba con él porque le creía un hombre formal y respetuoso, y me disgustaban las excesivas libertades entre nosotros, pues yo siempre suspiraba por llegar al matrimonio con un hombre que supiera respetar a la novia hasta ese día.»

«El que yo dijera esto, le disgustó y se fue; y pasa el tiempo y no vuelve. Y esto me entristece y apena, porque, en verdad, yo le quiero mucho, puesto que lo creo bueno en el fondo.

»¡No sé qué hacer, Padre! Aconséjeme...»

Le di una estampa de las *tres Avemarías*, diciéndole que encomendara su problema de amor a la Santísima Virgen, y no se acostara ningún día sin rezarle las *tres Avemarías*.

Pasó algún tiempo, y la muchacha perseveraba en el rezo y la confianza en la Madre de Dios; y un día, estando aquélla pensando precisamente en el joven que la tenía enamorada, se presentó éste en su casa,

pidiéndole perdón por su mal comportamiento anterior y prometiéndole que en adelante se portaría como novio que sabe respetar a la novia, y manifestando su deseo y propósito de casarse cuanto antes.

Ella, contentísima, me visitó, diciendo: «Padre: esto ha sido un prodigio de la práctica de las *tres Avemarías*. ¡La Virgen me ha escuchado!... ¡Le he contado a él lo ocurrido, y ahora no dejamos los dos de rezar diariamente las *tres Avemarías*, a la vez que con la natural alegría e ilusión preparamos la celebración de nuestro matrimonio para el mes de agosto de este año»...

¡Veis ahí otra «pequeña maravilla» de la Santísima Virgen, realizada en favor de quien la invocó con fe y confiadamente rezándole uno y otro día las *tres Avemarías*!...

(P. José Eguizábal, S. J.—Iglesia de Santo Domingo.—Managua-Nicaragua.—5 mayo 1969.)

El porqué de los «ejemplos»

Los «ejemplos» son *hechos* que acreditan la verdad de lo que doctrinalmente se ha manifestado.

Los «ejemplos» son la confirmación práctica de la enseñanza que se ha expuesto.

Y el «ejemplo» es a la vez una sugerencia a quien lo lee o lo escucha. Está como diciéndole: «¿Por qué no haces tú lo mismo?». «¿Por qué no procuras que también en ti sea realidad lo que te han dicho o aca-

bas de leer?»... Piénsalo y decídetelo: reza diariamente las *tres Avemarías* (46).

María es Refugio y Abogada de pecadores

«No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva...» (47).

Por eso repitió tantas veces Jesús: «**Haced penitencia**» (48), es decir, convertíos a Dios, reconoced vuestros pecados y rogad a Dios el perdón, imitando al publicano que oraba en el Templo, diciendo: «¡Oh, Dios!, muéstrate propicio a mí, pecador» (49).

Y tan deseado es por Dios el arrepentimiento del pecador, que el mismo Cristo afirmó que «**habrá más gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia, que por noventa y nueve justos que no han menester de penitencia**» (50).

Nadie ignora lo laboriosa y ardua que es la «conversión».

¡Cuántas dificultades a vencer!

¡Cuántas cadenas a romper!

¡Cuántos sacrificios a realizar!...

¡Qué heroísmo exige a veces!

(46) «Nunca se ha hecho sentir en la tierra la presencia de María sin dejar a su paso aromas y destellos de fe, sin vigorizar en el corazón de los hombres esta virtud que es raíz de todo el vivir cristiano... Y sus manifestaciones extraordinarias tienen como fin primordial enseñar, edificar, salvar, aportar gracia y vida.» (P. Olegario Domínguez, O. M. J., en «¡La Virgen siempre!», págs. 31 y 34.

(47) Ez., 18, 23 y 31.

(48) Mt. 4, 17.

(49) Lc., 18, 13.

(50) Lc., 15, 7.

¡Y qué poderosa gracia es menester en todo caso!

Atormenta e inquieta abandonar definitivamente malos hábitos queridos y arraigados; romper con una amistad que se adueñó del corazón; restituir lo que se había adquirido torpemente; cumplir en adelante —sin detenerse a pensar en sus consecuencias— deberes graves soslayados; pisotear la tiranía del respeto humano; confesar al ministro de Dios los desórdenes de una vida quizá ya larga...

¡Obra sobrehumana indiscutiblemente!

Pero, como «donde está la miseria, allí está la misericordia de María» (51), Ella cuida de infundir el valor necesario y de hacer desaparecer los obstáculos considerados insuperables, para que el pecador que la invocó en su ayuda, llegue a la reconciliación con Cristo, y de los labios de su Divino Hijo broten una vez más aquellas palabras que, pronunciadas con fuego de amor, quedaron consignadas en la Sagrada Escritura:

«No te condenaré» (52).

«Perdonados te son tus pecados» (53).

«No quieras pecar ya más» (54).

Por tanto, como decía San Bernardo, por pecador que seas, aunque te halles sepultado en el lodazal de

(51) Ricardo de San Victor.—Cit. del P. Roschini, tomo I, página 607.

(52) Jh., 8, 11.

(53) Mc., 2, 5; Lc., 7, 48.

(54) Jh., 5, 14; 8, 11.

tus culpas, aunque hayas envejecido en el pecado, aunque tus crímenes sean horrendos e innumerables; tus iniquidades, acude a María, ponte bajo su amparo encomiéndale tu defensa, porque Ella «fue constituida Abogada a la que todos pudiésemos acercarnos porque es nuestra Madre, y que puede obtenerlo todo de Cristo, porque es su Madre» (55).

Invitándonos a confiar plenamente en su diligencia salvadora, la propia Santísima Virgen hizo esta declaración:

«Yo, después del título de Madre de Dios, de nada me glorío tanto como de ser llamada la Abogada de los pecadores» (56).

a) La pecadora que dejó de serlo...

Una mujer que, joven y rica, quebrantó los Mandamientos de Dios abandonándose al pecado, y bajo apariencias normales y aún devotas escondió un corazón corrompido y un alma sin vida, formuló en 1945, en una revista mariana, esta pública declaración:

«¡Ah; yo quisiera que nadie hiciera lo que necia y locamente hice yo...

(55) P. José Tissot.—«El arte de utilizar nuestras faltas», página 235.

(56) «Sor María Villani».—Cit. del P. Hilario Orzanco. «Vida de la Virgen Madre», pág. 260.

»Quisiera que los jóvenes, y más todavía las jóvenes, atendieran este grito mío:

»¡Velad!; cuidado con ceder la primera vez, porque es muy difícil detenerse en esa pendiente resbaladiza del placer...

»Se comienza por poco; se entrega a la pasión titubeando la primera vez; ya la segunda, con menos miedo, y luego..., luego se rueda insensiblemente muy hondo, muy hondo.

»Si tuviera medio de hacerme oír de todas las jóvenes, les gritaría :¡Sed celosas de vuestro corazón; no lo deis al primer pretendiente. Sed celosas de vuestra pureza; la joya más preciosa que poseéis!...

»Guardaos y huid de toda persona que constituya un peligro para vuestra alma. Quien os ame, ha de amaros amando, sobre todo, a Dios. A quien vosotras améis ha de ser sin menoscabo del supremo amor a Dios.

»Que el amor con que os distingan sea tan verdadero, que nunca ofenda a Dios. Y que el amor que vosotras sintáis sea tan limpio, que lo bendiga siempre Dios.

»El amor que divierte no es amor.

»El amor que se esconde a los padres es, por lo menos, dudoso.

»El amor que empieza con señales de afecto sensible es nocivo.

»El amor que concede lo que no debe concederse es pecaminoso.

«¡Oh, jóvenes, no pequéis!

»A medida que crece el pecado, disminuyen las fuerzas para vencerle, para rectificar, para retroceder y para enmendarse.

»Hay como una impotencia para salir del mal en que nos arrojam.

»Ciert.

»Yo confieso que ya no tenía esperanza. Estaba cierta de mi condenación.

»Por eso me daba más a los placeres, a una vida de locura, para ahogar los remordimientos y alejar el recuerdo de la muerte...

»Sólo seguí rezando mañana y noche las *tres Avemarías*, si bien muchas veces las rezaba distraída y maquinalmente.

»Pero, aun entonces, la Virgen escuchaba mi súplica: "Ruega por nosotros, pecadores..."

«Hasta que un día, ¡oh, misericordia de María!, me sentí invadida de un vivo aliento para salir del pecado, confesar mis culpas y cambiar de vida... ¡La Virgen Santísima había obrado mi conversión!... ¡Ella..., Ella me ha salvado!» (57).

(57) «Las tres Avemarías, llave del Paraíso». Edic. Paulinas, 1960, página 64.

b) «Rectificó el mal camino emprendido»

Escribe un misionero desde América:

«Uno de mis ayudantes como catequista, "desordenó" su vida conyugal, y por efecto de su extravío pasional se iba entriando en el celo apostólico.

»En cuanto tuve noticia de ello, le llamé (vivía a 23 kilómetros de la Parroquia, en un caserío) y le amonesté debidamente, haciéndole reflexiones sobre la felicidad familiar truncada, el mal ejemplo para su hijo, el escándalo para los demás convecinos...

»Para vencer toda mala pasión —le dije—, se necesita el auxilio del Cielo; pero éste no falta nunca si con fervor se pide. Ruega con confianza filial a la madre de Dios, que es Madre nuestra espiritual; háblale como un hijo desvalido y débil, que demanda socorro. Y —dándole una estampa de la devoción de las *tres Avemarias*, añadí—: "rézale mañana y noche esas *tres Avemarias*..."

»El efecto no se hizo esperar. Pocos días después de practicar mi recomendación, aquel hombre tomó a decisión de enmendar su vida, y ha cambiado totalmente, quedando tan agradecido a la Santísima Virgen por el favor que le ha otorgado, que ahora reza todos los días con su esposa y su hijo las *tres Avemarias*.

»Hace unos días vino a la Parroquia con su otra vez gozosa familia, para confesar y comulgar en la Santa Misa que me encargó ofreciera al Señor y a la Virgen Inmaculada en acción de gracias.

»Actualmente es el más fervoroso de los catequistas, y todas las tardes en su caserío congrega a los habitantes para el rezo del Santo Rosario.

»Y yo, postrado ante el Sagrario de mi Iglesia Parroquial, agradezco a Jesús Sacramentado sus misericordias distribuidas por las benditas manos de su Madre.»

(P. Braulio Ascarza Sotelo.—Párroco en el Perú.—Carta del 7 de noviembre de 1969.)

Los santos y las tres Avemarías

Larga lista sería la que hubiese de contener todos los Santos que practicaron la devoción de las *tres Avemarías* y con admirable celo difundieron por medio de su predicación y de sus escritos.

Anotaremos sólo algunos muy destacados, como son, después de Santa Matilde y Santa Gertrudis, San Leonardo de Puerto Mauricio, San Alfonso María de Ligorio, San Juan Bautista Rossi, San Antonio María Claret, Santa Gemma Galgani, San Juan Vianey (el Santo Cura de Ars), San Gerardo Mayela, el Beato Marcelino Champagnat, San Gabriel de la Dolorosa, El Venerable Luis María Baudoin, etc.

Varios Sumos Pontífices y Altas jerarquías de la Iglesia recomiendan las tres Avemarías

«El sacrosanto Sínodo (Concilio Vaticano II) enseña en particular y exhorta al mismo tiempo a todos

los hijos de la Iglesia a que estimen en mucho las prácticas y ejercicios de piedad hacia la Bienaventurada Virgen, recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio...» («Lum. Gent.», n.º 67).

Y el sagrado Magisterio de la Iglesia —como escribe el P. Angen Luis, C. SS. R.—, se ejercita de muchas y múltiples maneras: por medio de las Constituciones Apostólicas, las Encíclicas, las Alocuciones, Homilias, Cartas (a Congresos, Asambleas de fieles o a Corporaciones, y aun a particulares si se han hecho públicas por aparecer en el órgano oficial de la Santa Sede), Discursos y Radiomensajes, Coloquios, Letras decretales, Letras Apostólicas.

«Son igualmente de singular importancia las manifestaciones del Magisterio ordinario de la Iglesia mediante la Liturgia. Y en conexión con esto, como insinúa el P. Miguel Nicolau, S. J. (en su libro "Problemas del Concilio Vaticano II.—Visión teológica"), *la concesión de indulgencias, tan usada por la Iglesia para inculcar enseñanzas y recomendar devociones.*» (58).

Pues bien; la devoción de las *tres Avemarías* fue favorecida con la concesión de indulgencias por León XIII y San Pío X, y encomiada por Benedicto XV en Carta Apostólica de 30 de julio de 1921; siendo a su vez objeto de la Bendición Apostólica del Papa Juan XXIII en 29 de marzo de 1959 y de S. S. Pablo VI en 29 de marzo de 1964.

Y tan celebrados fueron en todo tiempo los singu-

(58) «Mariología en torno al Concilio (Vaticano II); págs. 92 a 94.

lares resultados de la práctica de las *tres Avemarías*, que tanto en el clero secular como en el regular se multiplicaron las voces pregoneras de las excelencias de la misma.

Cardenales y Obispos de Italia, Francia, Bélgica, España y Portugal, como también de Inglaterra, Alemania, América, a la vez que de Filipinas y otros pueblos de Oriente, hablaron con entusiasmo de la feliz trascendencia espiritual de las *tres Avemarías*, y a sus manifestaciones se sumaron las de religiosos de todo el mundo, con sus respectivos Superiores Generales, coincidentes en proclamar los frutos de salvación que ha producido constantemente esta devoción.

Consignaremos algunas:

El Rvdmo. P. Pedro Arrupe, S. J., General de la *Compañía de Jesús*, declaró: «Con gozo aporto mi más cálido apoyo al apostolado de las *tres Avemarías*, que tantos frutos de salvación ha producido y sigue produciendo por el camino callado y oculto de la oración y de la confianza en tan buena Madre, la Virgen María. Camino en verdad sencillo, que precisamente por su humildad y por ser la Virgen la intercesora, se ha mostrado tan eficaz para acercar las almas a Dios.»

El Abad General de la *Sagrada Orden del Císter*, Rvdmo. P. Fr. Sighardo Kleiner, escribió: «Hago votos al Señor, por medio de su Santísima Madre, para que el rezo de las *tres Avemarías* lleve un aumento del verdadero conocimiento, amor y devoción a la Santísima Virgen y con imitación de sus virtudes, se realice la renovación de este mundo que se olvida de Dios.»

Por su parte el *Maestro General de los Dominicos*, Rvdmo. P. Fr. *Aniceto Fernández*, ha dicho: «Los hechos son tan patentes, tan repetidos y tan extraordinarios, que no dejan lugar a duda de la intervención y ayuda especialísima de la Santísima Virgen a tantas almas, que aún tibias y alejadas de la piedad, fueron, sin embargo, fieles a esta práctica de las *tres Avemarías*.

»Y es que, aun rezadas éstas por un pecador, la Virgen María, que es Madre de Misericordia y Madre Amable, acoge la plegaria y consigue para ese pecador la gracia del arrepentimiento y del perdón.»

Y el Rvdmo. P. Fr. *Agustín Sepinski*, O. F. M., como *Ministro General de la Orden Franciscana*, decía: «La piadosa práctica de rezar diariamente a la Santísima Virgen *tres Avemarías* en memoria del poder, de la sabiduría y del amor que le concedieron, respectivamente, el Padre, el hijo y el Espíritu Santo, ha tenido siempre en la Orden Franciscana celosos apóstoles, entre los cuales se cuenta, para no citar más que uno, al celestial Patrono de las Misiones populares entre fieles, San Leonardo de Puerto Mauricio, que la recomendaba grandemente.»

Y de las manifestaciones del Episcopado, espigamos de entre muchísimas las tres siguientes:

«Las *tres Avemarías* son una forma sencilla y segura de devoción a la Virgen, que todos pueden practicar. ¡Quiera el Señor que, como fruto de la difusión de las *tres Avemarías*, todos los cristianos sientan a la

Virgen por Madre.» (Mons. Casimiro Morcillo, Arzobispo que fue de Madrid-Alcalá-España.)

«Tengo más confianza en la eficacia de la devoción de las *tres Avemarías* para avivar la fe cristiana en las almas, que en muchas de las técnicas modernas de apostolado que quieren implantarse.» (Mons. Fernando Ruiz Solórzano, Arzobispo de Yucatán (México)).

«La devoción de las *tres Avemarías*, que desde la Edad Media tantos frutos espirituales ha producido, yo la he unido siempre al rezo del Rosario, y constantemente la recomiendo; y creo se practica como última oración al acostarse y la primera al levantarse. Es tan sencilla y eficaz, que su primer efecto es su incorporación a nuestra vida espiritual, siendo quizá lo último que se pierde, y por eso muchos se convierten en su última hora y se salvan.» (Mons. Enrique Delgado, Arzobispo de Pamplona y Administrador Apostólico de Tudela.—29 abril 1966).

La Santísima Virgen insiste en su Maternal asistencia a la hora de la muerte:

Refiriéndose a todo aquel que la haya invocado diariamente conmemorando el poder, la sabiduría y el amor que le fueron comunicados por la Augusta Trinidad, dijo María a Santa Gertrudis que, «a la hora de su muerte me mostraré a él con el brillo de una

belleza tan grande, que mi vista le consolará y le comunicará las alegrías celestiales» (59).

Sabidos son no pocos hechos que permiten abrigar esta esperanza de que la Virgen Santísima recoja las almas de sus devotos en los últimos instantes de su vida terrena, para Ella presentarlas al Señor.

Sirva de muestra lo que sigue:

El 13 de febrero de 1919, una joven de diecisiete años, que desde hacía meses practicaba la devoción de las *tres Avemarías*, recitándolas por la mañana y por la noche, se agravó en la enfermedad que padecía (gripe maligna), y hubo que administrarle los últimos sacramentos.

Después de recibidos éstos, dijo la enferma a su madre:

—Me gustaría rezar las *tres Avemarías*, pero estoy tan agotada, que no puedo... ¿Quieres rezarlas tú?...

Su madre, acongojada y, a la vez, resignada con lo que fuera voluntad de Dios, asintió y comenzó a rezar, y la hija, profundamente recogida, seguía con el espíritu la oración.

Cuando iban a empezar la tercera Avemaría, la joven doliente, animándose un poco, dijo:

(59) «El Heraldio Divino», pág. 200.

San Alfonso María Ligorio escribió que, en efecto, «María no sólo socorre a sus devotos en la crítica hora de la muerte, sino que, además, viene en su busca en ese tránsito a la otra vida, para animarlos y acompañarlos a la presencia de su Divino Hijo, ante el cual es su abogada.»

Y lo mismo había afirmado San Vicente Ferrer (Mons. David Ardito: «¡Oh, María, en Vos confío!», pág. 177).

—«Es necesario que yo también rece la última *Avemaría*»...

Y apenas la comenzó a rezar, cogiendo una mano de la madre, exclamó:

—«¿No ves tú a la Santísima Virgen?».

A la respuesta negativa de la madre, la enferma replicó:

—«¡Pues Ella está aquí, con nosotros!»...

Continuaron rezando el *Avemaría*, y acabaron.

Y sonriente por la presencia de la Virgen María, que permanecía a la cabecera de la cama de su devota para alentarla en aquel trance, entregó la enferma su alma al Creador (60).

Conclusión:

«Es necesario difundir cada vez más esta breve, fácil, excelente y eficaz devoción de las *tres Avemarías*, y hacerla estimar de todos para que, practicándola, nadie pierda el Cielo.»

Así lo ha escrito el eminente P. Gabriel María Roschini, Vicario General de los Siervos de María, Director de la Facultad de Teología «Marianum», de Roma, y Presidente del Centro Mariano Internacional.

Y aún dijo más:

«Las *tres Avemarías* son la señal luminosa de los predestinados...

(60) «Un camino seguro para llegar al Cielo». Rvdo. Raimundo F. Olivas, pág. 6.

»Recomendamos las *tres Avemarias*, con todas nuestras fuerzas, **a los padres**, para que las enseñen a sus hijos.

»Las recomendamos **a los confesores**, para que las impongan como penitencia o, al menos, las aconsejen a sus penitentes.

»Las recomendamos **a los predicadores**, para que las den a conocer cada vez más, para gloria de la Virgen María y para provecho de las almas.

»Las recomendamos **a todos**, para que abracen esta devoción y la practiquen fielmente. ¡Para muchos podría ser la última tabla de eterna salvación!» (61).

La preocupación comunitaria es un deber de todos los fieles

Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso repito: ¡todos, con Pedro, a Jesús por María! Y al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubriremos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos»...

(61) «La Madre de Dios, según la fe y la teología», tomo II, página 498.

«Un cristiano no puede detenerse sólo en problemas personales, ya que ha de vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas.»

(Rvdm. P. José María Escrivá de Balaguer.—Homilía de 4-5-57.)

Oigamos dócilmente las palabras de S. S. Pablo VI:

«Conscientes de que la Virgen María es la Madre de la Iglesia ("Familia de Dios", "Pueblo de Dios", "Reino de Dios", "Cuerpo Místico de Cristo", como la llama el Concilio Vaticano II), hemos de sentir más intensamente los lazos fraternos que unen a todos los fieles porque son hijos de la Virgen", y compartir "el ansia materna de la Iglesia porque todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad y participen de la salvación merecida para ellos por la muerte de Cristo..."» (62).

Ya decía San Juan Crisóstomo: «Recordad, hermanos, que debéis dar cuenta a Dios, no sólo de vuestra vida, sino de la de todo el mundo».

Y el gran Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, exclamaba: «¡Cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de los cristianos» (63).

(62) Exhortación Apostólica «*Marialis Cultus*», de 2 de febrero de 1974. (Ediciones Acción Católica.—Madrid).

(63) Mensaje de S. S. Pablo VI a los peregrinos a Javier (Navarra) el 8 de marzo de 1965. («*Ecclesia*», 13-3-65).

Si somos realmente cristianos, no podemos olvidar que: «nada demuestra tanto la fidelidad a Cristo como procurar la salvación de los hermanos» ...Porque quien salva un alma, da más gloria a Dios con esa alma ya salvada y en el cielo, que la gloria que en la tierra le dieron todos los santos» (64).

Y al propio tiempo, y como recompensa divina, «*quien salva un alma, salva la suya*», como afirmó San Agustín (65).

Lo repetimos, pues: propagad, extended cuanto esté a vuestro alcance, esta devoción de las *tres Ave-marias* para que la misma siga produciendo los frutos de bienandanza y salvación de las almas que siempre han coronado la práctica diaria de ese rezo.

Modo de practicar esta devoción

Todos los días, rezar así:

«María, Madre mía; librame de caer en pecado mortal.»

- 1.ª Por el Poder que te concedió el Padre Eterno.
¡Ave María!...**
- 2.ª Por la Sabiduría que te concedió el Hijo.
¡Ave María!...**

(64) San Juan Crisóstomo.—Cit. en «Salvoconductos del cielo. Las tres *Ave-marias*». P. José María Ellacurdia, O. F. M., pág. 141.

(65) Cit. del P. Fr. Luis González, Ermitaño de San Agustín, de Chivilcoy, prov de Buenos Aires (Argentina).

3.ª Por el Amor que te concedió el Espíritu Santo. ¡Ave María!... ¡Gloria Patri!...

¿Por qué se distribuyen estampas para recordar el rezo de las tres *Avemarías*?

Os lo explicaremos con tres declaraciones de Misioneros:

«Distribuir estampas es muy conveniente, porque las estampas ayudan a la gente en la práctica de la oración y vida cristiana.»

(P. Manuel Díaz Gárriz, S. J. Misionero en la India.)

«Cada vez estoy más entusiasmado con la "*Cruzada de las Tres Avemarías*". Porque cada vez más y más voy palpando los eficacísimos efectos de esta gran devoción...

»Al rezar las *tres Avemarías*, a muchos olvidados de su alma se les enciende su vida cristiana, reavivando la chispilla oculta en el rescoldo de su olvido y abandono espiritual...

»He tenido yo varios casos de Protestantes que recibieron con aprensión y hasta cierta repugnancia la estampita, y, sólo por darme gusto, rezaron las *tres Avemarías*;... y luego... volvieron al Padre, cual el "hijo pródigo".

»Pecadores empedernidos, al parecer irreductibles, matrimonios desavenidos y separados, hogares sin la bendición de Dios por falta del Sacramento del Matrimonio, etc., tienen su solución favorable

cuando lo ponemos en manos de nuestra Santa Madre la Virgen María. Esas *tres Avemarías* —palanca poderosa— todo lo alcanzan de su hijo Divino.»

¡Donde entra una estampita, entra el Cielo!...

P. Erasmo Cardona Soto, S. J.
(Cochabamba.—Bolivia.)

Dice el P. Francisco J. Rengifo, S. J. (de Bogotá.—Colombia):

«Créanme: mi predicación es dar la estampita de las *tres Avemarías*, y la Virgen se encarga de todo lo demás.

»Hace poco fui llamado para que atendiera a un señor que era muy reacio a la confesión; pero cuando le visité en su enfermedad quedó con la estampa como cuña salvadora y la Virgen ganó la partida, rezó y murió en gracia de Dios.

»Es una devoción tan fácil y sencilla, que el hombre más duro se ablanda y rinde a Dios.

»Tengo la convicción profunda que quien es fiel a esta práctica tan sencilla pero tan consoladora, está salvado, ya que la Santísima Virgen no se queda sin premiar al hijo que se acuerda de Ella.» (Carta del 4-6-73).

Súplica final (66)

¡Oh Virgen María!

Dignísima Reina del Cielo y de la Tierra,
que recibiste del Señor la misión
y el poder de aplastar la cabeza del demonio,
padre de la mentira y de toda maldad;
te rogamos humildemente socorro en
nuestra lucha con el poder infernal,
y envíes legiones de ángeles para que
con la insignia de Cristo, y bajo tu dirección,
combatan y persigan al demonio, frenen sus ataques,
frustren sus maniobras y lo recluyan en el abismo...
Santa Madre de Dios, Tú eres siempre nuestra espe-
ranza.

¡Muéstrate Madre nuestra!

Alcánzanos de Jesús, con tu súplica omnipotente,
la gracia de vencer toda tentación y asechanza diabó-
lica.

(Con aprobación eclesiástica.—Febrero 1974.—San Sebastián.)

(66) Propuesta por el Rvdo. P. Joaquín Marturet, S. J. (San Sebastián).

INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	7
Singularidad estimación de la devoción de las <i>tres</i> <i>Ave marías</i>	8
Devoción fácil y breve	9
Devoción de efectos seguros	9
Un escrito corto, pero de largo alcance	11
Habla la Santísima Virgen	13
«Yo confesé a un mudo»	14
Contenido propio, característico y diferencial de esta devoción	15
Excelsitud de María	17
Eficiencia de «Ave María»	18
«Una familia protestante que se convierte al catoli- cismo»	19
Por María a Jesús	22
a) «La madre que pedía la conversión de su hijo» . .	24
b) «Un buen ejemplo que convierte»	26
c) «Un "extraviado" que volvió a Dios»	27
Otra manifestación de la Virgen María	29
El pagano que se hizo católico	29
La Virgen acoge siempre el ruego perseverante . .	32
Una vez más la Virgen Inmaculada nos insta al rezo de las <i>tres Ave marías</i>	34
a) «Esperaba un sacerdote»	36
b) Resistencia vencida	39
La Madre de Dios es también Madre nuestra	41
Realeza de María	45

	<u>Págs.</u>
La nieta que salvó a su abuelo	48
María renueva su promesa de protección	51
Muerte santa después de una vida desacertada . .	51
Ayer, hoy y siempre, la devoción a María, «puente» de la tierra al Cielo	56
de la tierra al Cielo	56
Llegó a Carmelita Descalzo después de tropiezos mundanos	58
La Virgen ratifica su complacencia por esta devoción	60
«Salió del mundo para ir al Cielo»	61
María es «omnipotente suplicando»	62
Compró el Cielo con abonos de <i>tres Avemarías</i> diarias	63
«María, medianera de todas las gracias»	67
a) El buen fin de un legionario	69
b) Una madre que no quiso morir	71
c) La Madre celestial premia la virtud	74
El porqué de los «ejemplos»	75
María es Refugio y Abogada de pecadores	76
a) La pecadora que dejó de serlo	78
b) «Rectificó el mal camino emprendido»	81
Los Santos y las <i>tres Avemarías</i>	82
Varios Sumos Pontífices y altas jerarquías de la Iglesia recomiendan las <i>tres Avemarías</i>	82
La Santísima Virgen insiste en su maternal asistencia a la hora de la muerte	86
Conclusión	88